REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, JUNIO 2 de 1934 — No. 43

VISTO Y OIDO ★ Se Defiende con Aire ★ por PREMIANI



La BABIRUSA, al ser abrazada por una SERPIENTE, llena de aire sus PULMONES y se hincha de tal modo que obliga al REPTIL a soltarlo, o lo QUIEBRA.



El FISICO INGLES DALTON, colocado por su MEDICO ante un CEREZO con FRUTO, no distinguió el COLOR ROJO de las CEREZAS, del VERDE de las HOJAS. Así se DESCUBRIO el DEFECTO VISUAL llamado DALTONISMO.



En un SUBTERRANEO ahora descubierto en la IGLESIA de SAN FRANCISCO de ESQUIVIAS (España) se han hallado varias MOMIAS en actitudes que hacen suponer que unas cuantas personas fueron encerradas allí y dejadas morir.



Las LUCES ROJAS de BENGALA se divisan a 50 KILOMETROS de distancia.

LORD BYRON, el mas HERMOSO de los POETAS, era RENGO.

Una CAPA de HIELO de medio metro de ESPESOR soporta el PESO de un TREN de PASAJEROS.

CUENTO POLICIAL

El Señor Leggatt Deja su Tarjeta



El reverendo Francisco Leggatt, vicario de Meddersley era de un temperamento muy ecuánime y había cultivado ese don durante su estada en el colegio de Cambridge. Había estudiado las ciencias matemáticas casi con devoción y esta gran afición provendría tal vez de su modo de ser conciso, ordenado, matemático.

Una espléndida mañana de primavera, salió apresuradamente de la sacristía de su antigua iglesia parroquial para dirigirse a su casa, donde encontró a su esposa, por quien sentía un gran cariño. Antes de hablarle se paró sobre la alfombra que había frente a la estufa y con las manos en los bolsillos pareció meditar un instante.

—¡Marian! — dijo con una expresión que su esposa desconocía. — Prepárate a recibir una mala noticia; ha habido un robo en la iglesia. ¡El cáliz de Hislip ha desaparecido!

La señora Leggatt hizo un gesto desesperado y se dejó caer sin fuerzas en la silla más próxima; parecía anonadada. La noticia que acababa de darle su marido era para ella de gran importancia. Si le hubieran dicho que acababan de asaltar el banco local o que el tesoro del gobierno se había agotado, no hubiera estado tan horrorizada, porque ninguna de esas catástrofes era irreparable; pero la pérdida del cáliz de Hislip significaba ya otra cosa.

El cáliz de Hislip era famoso, único; su valor ascendía a... la señora Leggatt no lo sabía a ciencia cierta, pero le bastaba saber que era una de las pocas reliquias dejadas en Inglaterra antes de la Reforma. Databa del año 1427 y los arqueólogos y expertos lo miraban con una reverencia enorme. Una enorme cantidad de gente había venido desde las partes más remotas de la tierra para verlo y Leggatt había consentido en que fuera fotografiado. Y una vez un caballero que venía del otro lado del Atlántico había ofrecido al vicario diez mil dólares por el cáliz... y al obtener la respuesta negativa había doblado la suma, que naturalmente no fué suficiente para debilitar la decisión del fiel guardián de la reliquia.

—¡Imposible, Francisco! — murmuró consternada. —¡Se habrá extraviado!

—¡No! — respondió Leggatt haciendo un gesto que su esposa conocía muy bien. — ¡Lo han robado! Abrí el cofre de la sacristía y me di cuenta que el cáliz de Hislip no estaba allí. Siempre lo he guardado en el mismo lugar, desde el día que vine aquí, hace ya nueve años... a la derecha, al fondo. Y ese lugar estaba vacío.

—¿No lo habrás cambiado de lugar? — sugirió la señora Leggatt.

—Nunca cambio el lugar de las cosas — replicó el vicario. — Como tú bien lo sabes — agregó.

La señora Leggatt lo sabía bien; su marido no podía ver un periódico en el suelo, un libro fuera de su estante o un cuadro desviado un milímetro de su posición normal; no, ella no podría concebir a su esposo extraviando algo, perdiendo alguna cosa. Era de esa clase de hombres que podrían levantarse a medianoche y a oscuras encontrar lo que buscan.

—¿Cuándo fué la última vez que lo viste, Francisco? — preguntó débilmente.

—Hoy es jueves — contestó Leggatt. — La última vez que lo vi era lunes; para más precisión, el lunes a la mañana. Haré lo posible por recordar las circunstancias, Marian; el lunes fué un día excesivamente húmedo y después del almuerzo Sir Charles me mandó decir desde el Ayuntamiento que sus huéspedes estaban obligados a quedarse sin salir a causa del mal tiempo y que si yo no tendría inconveniente en mostrarles la capilla. Fueron todos... y Sir Charles con ellos. Les hice conocer todo y estuvieron en la iglesia cerca de una hora, una hora y veinticinco minutos para ser exacto. Naturalmente, les mostré la platería, la que saqué del cofre que, como tú sabes, está perfectamente seguro y coloqué todo sobre la mesa de la sacristía; como te imaginarás, les conté toda la historia del cáliz de Hislip... su historia, su valor inmenso y también que era único en el mundo. Luego lo puse en su lugar con todos los demás objetos.

—¿Y, naturalmente, cerraste con llave? — preguntó la señora Leggatt.

El vicario, que permanecía todavía de pie, hizo un gesto de fastidio.

—Este... — contestó. — Lo lamento ahora, pero no cerré el cofre. ¡Tan luego en ese momento! Dejé las llaves en la cerradura, aunque... creo que se me ocurrió la idea de sacar uno de los registros antes de cerrar. Sí, salimos de la sacristía entonces, para examinar la capilla, y recuerdo ahora que... las personas que me visitaron no estuvieron todo el tiempo juntas; algunas estaban conmigo, oyendo mis explicaciones, otras se quedaban admirando algún objeto y las demás... bueno, tú sabes lo que hace la gente en esas circunstancias. Cuando todos se fueron cerré el cofre sin mirar adentro de nuevo... y vine a casa. Marian... no hay duda de que el cáliz de Hislip fué robado mientras esas personas estaban en la iglesia.

—¿Crees tú que alguien logró entrar mientras tú estabas con Sir Charles y sus huéspedes? — preguntó la esposa del vicario.

—No, no creo eso — respondió Leggatt sardónico.

—Nadie hubiera podido entrar, puesto que cerré con llave las puertas, para que nadie nos distrajera. No... yo creo que uno de los invitados de Sir Charles robó el cáliz.

La señora Leggat dejó oír una exclamación de horror.

—¡Francisco! — dijo. — ¡Uno de los invitados de Sir Charles! ¡Pero eso es imposible! Ni deberías pensarlo.

—Sin embargo lo pienso y tengo motivos para ello; y que ello sea imposible, es pura tontería, Marian. ¿Qué sabemos nosotros acerca de los huéspedes de Sir Charles Leddingham? Absolutamente nada... que se relacione con su moral.

—Pero... pero... gente de esa clase... — protestó la señora Leggatt.

—¡Falso! — dijo Leggatt y, riéndose desdeñosamente, agregó: —Todas esas son tonterías también. Pero indaguemos; exceptuando a Sir Charles, tenemos al viejo Lord Pelford y, naturalmente, a su mujer, Lady Pelford. No sospecho de ellos, quiero decir que no veo razón para sospechar; el viejo Pelford es un juez retirado... no creo que haya robado el cáliz, ni su esposa tampoco.

—Yo ni lo hubiera pensado — dijo la señora Leggatt con indignación. Son gente muy amable y me quedé encantada cuando comí con ellos la otra noche.

—Después, está Sir Robert Sindall — continuó Leggatt sin inmutarse. — No sé nada de él; solamente que su caballo ganó varias carreras el año pasado.

—Y además es un hombre muy rico — observó la esposa del vicario.

—Eso no me impediría sospechar de él — contestó Leggatt. — Hay millonarios que están afectados de cleptomanía. Después, el coronel Belchanter.

—Y la señora Belchanter, — agregó la señora Leggatt. — También ellos son muy simpáticos, Francisco.

—Serán todo lo simpáticos que tú quieras, pero alguien ha robado el cáliz de Hislip.

—Bien... quedan otros cuatro todavía. El capitán Riversley... diría que aficionado a las carreras de caballos... a los juegos de naipes... y esa clase de cosas. El señor Hawksfoot; no sé nada acerca de él, pero me imagino que es algo así como un aventurero... la clase de hombre que se ve en Montecarlo, en Deauville y en las casas de empeño los lunes por la mañana.

—¿Cómo sabes, Francisco? — preguntó la esposa. — Tú nunca has estado en ninguno de esos lugares.

—Pero he leído mucho acerca de ellos — contestó Leggatt. Y mis oídos oyen muy bien. Bueno... dos más, dos mujeres. La señorita Field-Maple...

—Esa muchacha tan hermosa ... — exclamó la señora Leggatt. — No puedes sospechar de ella...

—Y la señora Peacock...

—La señora Peacock es una mujer agradabilísima — dijo la esposa del vicario. Le tomé una gran simpatía al interesarse tanto por la tos de Bobby, cuando le dije que yo me encontraba incapaz de curarla.

—He notado que la señora Peacock es muy aficionada al bridge — observó Leggatt cínicamente. Y yo diría que por su conversación se ve la manía que tiene por las carreras y otras clases de juegos. Marian, tú tienes que reconocer que todas las personas que están en lo de Sir Charles, hombres y mujeres, desde Lord Pelford abajo, son jugadores enviciados, y ya sea uno u otro, está entre ellos el que ha robado el cáliz de Hislip; nadie más pudo haberlo hecho, pues desapareció mientras yo estaba con esas personas en la capilla... te dije que algunas se separaron del grupo que estaba conmigo y recorrieron libremente todo el lugar. Tú sabes cómo está situada la sacristía... qué fácil hubiera sido para el ladrón, habiendo sabido de mis labios su inmenso valor, entrar sin ser visto, abrir la puerta del cofre, que estaba sin llave, y sacar el cáliz. Como no es de gran tamaño no es muy difícil de ocultar; estoy tan seguro que uno de los huéspedes de Sir Charles Leddingham se ha apropiado de la reliquia con la esperanza de venderla, como de el vicario de Meddersley. Ahora la dificultad es saber cuál es.

—¿Qué vas a hacer, Francisco? — preguntó la señora Leggatt con voz apenas perceptible. —¿La policía?

—Por ahora no — contestó Leggatt. No... voy a pensar!

Luego la señora Leggatt se levantó y dejó solo a su marido que, llenando su pipa, se puso a pensar.

Leggatt pensó un largo rato profunda y serenamente. Estaba absolutamente seguro de una cosa: nadie había entrado a la iglesia desde el momento que había salido de ella esa tarde del lunes, hasta que volvió a ir ese jueves... a la mañana.

La capilla no se abría todos los días en Meddersley; porque según creía Leggatt dos oficios por domingo eran suficiente para una población que no excedía de cincuenta almas. Existía la posibilidad de que Higson, el sacristán, hubiera visitado la iglesia por alguna razón durante los dos días... pero estaba casi convencido de que no había estado allí: el ladrón había actuado mientras él hacía de cicerone de los visitantes de la casa de Sir Charles.

Recordaba perfectamente cada uno de los incidentes de aquella tarde en que recibió a Sir Charles y sus huéspedes: después de recibirlos y cerrar la puerta de la capilla por dentro, los había conducido primero a la sacristía, donde, abriendo el cofre, sacó la vieja platería, los registros de la parroquia que databan del año 1547 y varios otros asuntos de interés que se habían acumulado durante las últimas dos o tres centurias. Había dejado las llaves en la cerradura cuando pasaron al interior de la capilla para observar la arquitectura, los monumentos, las inscripciones y las viejas pinturas murales. El y el viejo Lord Pelford empezaron a conversar de cierta figura importante... la de Sir Geoffrey Meddersley, quien descansaba en un nicho colocado en el mismo santuario; la discusión era al final tan técnica que la mayoría de los que oían prefirieron examinar el edificio.

Y mientras uno estaba aquí y otro allá, el ladrón se habría deslizado silenciosamente en la sacristía, pudiendo así tomar el cáliz de Hislip. Por su tamaño, podría haberlo ocultado con toda facilidad en un bolsillo de su saco, o en una cartera grande, según quién fuera el ladrón.

—Y naturalmente les dije todo acerca del valor de la reliquia — murmuró recordando. — Les conté lo del coleccionista americano que afreció diez y luego veinte mil dólares por él. Eso fué una enorme tentación, sobre todo frente a la necesidad; y a alguna de esas personas que juegan toda su vida a las carreras y las cartas se les acaba algún día el ingenio para conseguir dinero. Sin ninguna duda, cualquiera que fuera el ladrón del cáliz, lo tomó con la idea de venderlo más allá del Atlántico... es muy sabido que muchos tesoros europeos van a parar allá, donde los hombres que tienen la manía de las colecciones no hacen ninguna pregunta acerca del modo en que fueron obtenidas.

—Pero, lo esencial ahora... ¿qué puedo hacer? No quiero enterar al obispo y en cuanto al arcediano... no! La última vez que estuvo aquí dijo que, según su opinión, el cáliz Hislip, siendo lo que es, debía ser trasladado a la catedral; y si oyera que lo he dejado sin llave mientras había extraños en la capilla... bueno. Sería una catástrofe. Y yo no puedo, porque a mí se me ocurra, ir a lo de Sir Charles a registrar las habitaciones de los hombres y mujeres que hay allí; y en cuanto a la policía... ¡no, no quiero eso!

Después de permanecer sentado unos minutos más, Leggatt vació su pipa y se dirigió a la villa a ver a Higson; descubrió muy pronto que el respetable sacristán no había estado cerca de la iglesia desde el domingo a la tarde. Y Higson era la única persona que podría haber entrado, porque Leggatt tenía una de las dos llaves y Higson la otra. Por vigésima vez Leggatt se dijo que el cáliz de Hislip había desaparecido durante la visita de los huéspedes de Sir Charles.

Pero, ¿quién era el ladrón? ¿Y cómo recuperar lo robado?

Estuvo conversando con Higson durante algún tiempo y pasó una hora antes que volviera a la Vicaría, donde encontró a su esposa en el hall.

—¿Alguna novedad, Francisco? — preguntó ansiosamente.

—No, ninguna. Estuve con Higson; naturalmente, no le dije nada de esto, porque nadie debe saberlo, Marian. Pero Higson no ha vuelto a la capilla desde el domingo a la tarde y nunca presta su llave, a menos que...

Aquí se detuvo a ver una tarjeta que estaba sobre una mesita de caoba; la señora Leggatt siguió su mirada.

—Estuvo la señora Peacock — dijo indicando la tarjeta. — Vino a preguntar cómo iba la tos de Bobby y me dió algunos consejos para reprimirla. ¡Qué simpática! Me prometió venir de nuevo dentro de un día o dos... estará en el Ayuntamiento unos días más.

Leggatt continuaba observando la tarjeta y de pronto miró fijamente a su esposa.

—¿No le dijiste nada... eh? — preguntó.

—¡Francisco! — exclamó indignada. — ¡Si yo fuera capaz de eso! Realmente...

—Lo siento, Marian, lo siento. Naturalmente, no lo creía, pero es tan importante que debemos guardar un silencio estrictísimo. Si el arcediano lo supiera...

—¿Crees que no sé todo eso? — dijo la señora Leggatt, que estaba todavía ofendida — y se retiró del lado del vicario, diciendo: —Es claro que no dije nada! ¡Nada!

Leggatt permaneció en el hall y distraídamente movía la tarjeta de la señora Peacock. ¿Así es que la señora Peacock había estado en la Vicaría para preguntar por Bobby? Muy amable, naturalmente, pero... supongamos que la señora Peacock... tuviera otra idea en la cabeza? Supongamos que hubiera venido a "pescar" algo... con la intención de averiguar alguna cosa, por ejemplo si... si...

En ese momento a Leggatt se le ocurrió algo repentinamente y como impulsado por un desconocido, salió muy ligero, llegó hasta la puerta de calle y se dirigió al pueblo.

★

Leggatt, como que era un hombre que disponía de mucho tiempo, había leído mucho; no tenía una preferencia definida y



leía cualquier libro que tomaba de su biblioteca, por cierto muy surtida. Recientemente había estado leyendo sobre criminología; un volumen interesantísimo que había llegado a sus manos por pura casualidad, tuvo la virtud de atraerlo tanto que luego compró otros volúmenes que trataban de lo mismo. Y ahora, mientras salía de su casa por segunda vez en la mañana, se sorprendió repitiendo insistentemente una frase que había leído no hacía más que dos días en un libro sobre la técnica del robo: "lo primero que hace un ladrón para asegurar el objeto robado es deshacerse de él lo más rápidamente posible, guardarlo en algún lugar seguro, para que, en el caso de su inmediato arresto, no se encuentre con él el producto del robo."

Este, que sin duda es el proceder de los profesionales del delito —reflexionaba Leggatt— [illegible] sin embargo su origen en [illegible] de la naturaleza [illegible] lo que pueden adoptar tanto los "aficionados" como los expertos. Librarse del artículo robado, esconderlo pronto; esto lo hacen casi por instinto. Bien en este caso, le pareció al vicario de Meddersley que había descubierto el lugar donde estaba el cáliz de Hislip, si, como lo suponía, el autor del hecho hubiera procedido llevado por esa necesidad de ocultar lo robado. Y en menos de cinco minutos se dirigió a la oficina de correos, donde encontró que la señora Marsh, la que dirigía esa dependencia, estaba sola en ese momento; la señora Marsh era una persona de edad, viuda de un hombre de letras, el que al morir la dejó sin un centavo, por lo que tuvo que buscarse de un modo o de otro el medio de vivir. En ese empleo tenía poco trabajo, excepto cuando Sir Charles estaba en el Ayuntamiento; entonces tenía que desplegar gran actividad, especialmente a la tarde, enviando y recibiendo telegramas con el resultado de las carreras; desde las dos hasta las cinco y media casi todo el trabajo allí estaba relacionado con las personas que se alojaban en casa de Charles.

Leggatt conocía el temperamento reservado de la señora Marsh y observándola mientras ella lo recibía en su pequeño y ordenado despacho no estaba muy seguro de poder obtener lo que deseaba.

—Señora Marsh — comenzó el vicario en tono confidencial — he venido a verla por un asunto de gran importancia... tan importante que no puedo decirle de lo que se trata. Reconozco que debía haber ido a la oficina central de correos de Chilminster para obtener el permiso para venir acá, pero esto es tan urgente que no me atreví a perder tiempo. Por eso vine directamente a usted.

—¿Qué es ello, señor? — preguntó la señora Marsh.

Leggatt se aseguró primero de que nadie podía oírlo; antes había tenido la precaución de cerrar la puerta exterior y ahora cerraba otra que comunicaba con otra habitación interior. Luego dijo:

—Señora Marsh — y en su tono había misterio y algo de confidencial. — Quiero ver el libro de cartas certificadas y encomiendas.

Se oyó una exclamación de sorpresa.

Oh, pobre de mí, señor Leggatt — dijo ella. — Yo... yo creo que no debo hacerlo, señor. Tenemos órdenes severas de no divulgar los nombres a ninguna persona que los solicite. Eso podría costarme el empleo...

—Si yo fuera al correo de Chilminster — interrumpió Leggatt — y les dijera mi razón por la que pido esto, vendría conmigo el jefe de allí para autorizarla a que me dejara ver el libro; pero eso significaría ... la policía. Y no quiero que la policía intervenga en este caso. Tengo mis motivos... y motivos suficientes para pedirle que acceda a lo que le pido. Todo lo que quiero saber es el nombre de las personas que han enviado encomiendas desde el lunes pasado hasta hoy. Además, señora Marsh... usted me conoce, nadie... nadie sabrá nunca una palabra de esto!

Pero la mujer todavía vacilaba; miraba a la derecha y a la izquierda, y evidentemente no le producía ningún placer lo que acababa de decirle el vicario.

No me gusta hacerlo, señor Leggatt! — dijo. — Es una irregularidad...

—Pero las circunstancias son excepcionales — interrumpió Leggatt. — De otro modo... no me tendría aquí! Pero, si usted cree que no puede, iré ahora mismo a ver al jefe de Chilminster.

—¿Está seguro que vendría con usted, señor? — preguntó la señora Marsh.

Estoy completamente seguro. Pero — agregó significativamente — traería con él al superintendente de policía. Y no quiero que eso ocurra, para mayor tranquilidad de la población.

La señora Marsh miró la ventana encortinada y luego a la puerta de su despacho; luego sacó un libro enorme de un estante y, abriéndolo, se lo entregó a Leggatt.

Desde el lunes por la mañana he anotado solamente el nombre de tres personas, señor Leggatt dijo apuradamente. — Lea usted mismo; naturalmente, sé todo acerca de los envíos. Este primero, es por un asunto sin importancia, de John Coates; manda a su madre un cheque cada lunes y siempre certifica la carta. Esta es una carta certificada de Sir Charles a sus banqueros en Londres, y la tercera es por una pequeña encomienda que mandó el martes por la mañana una de esas señoras que están en el ayuntamiento.

—Justamente esto — dijo Leggatt en un murmullo. — ¿Esto es todo?

—Eso es todo, señor — afirmó la mujer. — Y le ruego no lo haga saber a nadie, porque eso...

—Quédese completamente tranquila, señor Marsh. Ni un alma llegará a saberlo nunca: es un secreto entre usted y yo. Le estoy agradecidísimo.

—Espero que habrá encontrado lo que buscaba.

—No puedo decírselo, al menos... todavía. Pero... Vaciló un momento, pareció reflexionar y luego, murmurando otras palabras de agradecimiento, salió a la calle. Una vez afuera y cuando hubo encontrado un lugar en que nadie podía verlo, sacó del bolsillo una libretita y un lápiz.

—Se lo envía a ella misma — murmuró. — Inteligente. Además, estará unos días más en casa de Sir Charles... y fué a preguntar por la salud de Bobby... y será suficientemente amable como para volver... ¡Animo!

Entonces escribió una dirección: Señora Guy Peacock, 23 Heatherfield Mansions.

★

Lo primero que hizo Leggat al llegar a la Vicaría, fué guardar en su cartera la tarjeta que había dejado la señora Peacock; tenía proyectado un plan de acción en el cual ese pedacito de cartulina desempeñaría un rol muy importante. Después anunció a su esposa, al terminar el almuerzo, que se iba del pueblo en el tren de la tarde. La señora Leggatt se quedó mirando a su marido, pues para ella, que nunca había vivido sino en el campo, ir a Londres, que quedaba cerca de doscientas millas, era lo que para otras gentes hubiera significado ir desde Londres a Yokohama.

—¡Francisco! — exclamó asombrada. Y luego preguntó: —¿Tienes alguna... idea? ¿Alguna pista?

—Una idea, sí — asintió Leggatt. —Una pista... este... no sé. Pero me voy; y esto tiene que quedar en el más profundo silencio... nadie debe saberlo, ¡nadie!

—Naturalmente — respondió la esposa y mirando al reloj: —No tienes mucho tiempo para prepararte — agregó. — Supongo que tomarás el tren de Londres en Chilminster, ¿no? Y tú sabes que de aquí a Chilminster sólo hay un tren... a las 3 y 15. Tienes que apurarte.

—No hay necesidad —dijo el Vicario. —Todo mi equipaje consistirá de una valija de mano que puede arreglarse en cinco minutos... voy solamente por la noche. Estaré de vuelta mañana después de las doce del día.

A las tres salió de su casa para tomar el tren local y a las cuatro menos cinco estaba en la plataforma de Chilminster, esperando el tren expreso para Londres. Y mientras estaba de pie al lado de un puesto de revistas, mirando distraídamente a la gente, le llamó la atención ver a uno de los huéspedes de Sir Charles... Hawksfoot, el hombre que según la opinión de Leggatt, era un aventurero. Hawksfoot, que parecía estar apurado, no había visto al Vicario, por lo que éste pudo observarlo cómodamente; lo vió entrar a uno de los coches del tren que acababa de llegar, donde inmediatamente se puso a fumar. Cuatro horas más tarde tuvo ocasión de verlo de nuevo al llegar a su destino; Hawksfoot subió allí a un taxi y dió la dirección. Tampoco vió esta vez al Vicario.

Leggatt se dirigió a un tranquilo y antiguo hotel en las proximidades de la calle Bond y después de haber comido opíparamente se refugió en un rincón del fumoir, donde meditó sobre el plan de campaña que tenía para la mañana siguiente.

Algunas circunstancias —pensaba— estaban a su favor... por lo que se consideraba con suerte. Conocía muy bien las Heatherfield Mansions porque había alquilado un piso antes de su casamiento, cuando era cura de una iglesia cercana. En consecuencia, conocía las costumbres de la casa y sabía lo que se hacía con la correspondencia; si alguno de los inquilinos estaba fuera de su piso y no quedaba ningún sirviente en él, todas las cartas y encomiendas eran depositadas en los casilleros que para tal efecto había en el hall de la entrada principal.

Y con toda seguridad, la encomienda que la señora Peacock había mandado de Meddersley, el martes por la mañana, estaría allí. Y Leggatt creía firmemente que en ese paquete estaba el cáliz de Hislip. Y... estaba resuelto a recuperarlo.

A las diez de la mañana del día siguiente, Leggatt caminaba por el hall principal de las Heatherfield Mansions y tuvo una gran alegría al reconocer el mismo portero de antes... un hombre que había estado en la guerra, llamado Murphy. Murphy recordaba muy bien al eclesiástico y lo recibió afectuosamente. Leggatt empezó a hablar de varios temas antes de entrar de lleno en el que más le interesaba; al fin sacó la tarjeta de la señora Peacock... y se preparó para decir la mentira con que había pensado convencer al portero. Era todo falso, simples mentiras y las dijo sin inmutarse.

—Yo no sé si usted lo sabe, Murphy — empezó. —Desde que me fuí de aquí he sido Vicario de Meddersley y hay allí una señora que vive aquí, la señora Guy Peacock: ahora está en una quinta de Medersley, como huésped de Sir Leddingham. La señora Peacock va a permanecer allí más de lo que pensaba y sabiendo que yo venía anoche para regresar hoy, me dió su tarjeta para entregársela a usted; me dijo que le pidiera una encomienda pequeña que había mandado aquí el otro día, porque ahora quiere... ella dijo que usted tendría que haberla recibido.

El Vicario se dió cuenta antes de terminar, que algo no estaba bien, que algo había sucedido. Murphy lo miraba sorprendido.

—Pero... esto es algo extrañísimo, señor Leggatt — dijo el portero. — Usted es el segundo caballero que viene a reclamar ese paquete en esta mañana y con el mismo mensaje; el señor Hawksfoot, que es un gran amigo de la señora, estuvo hoy a las nueve a buscar esa encomienda. Y naturalmente, yo se la di.

Leggatt agradeció al cielo el hecho de que su sorpresa no lo denunciara.

—¡Ah! ¿El señor Hawksfoot lo llevó, Murphy? — dijo tratando de decirlo con tranquilidad. —Entonces todo está bien; conozco al señor Hawksfoot, porque también era huésped de Sir Charles Leddingham. Ya me doy cuenta cómo se produjo la confusión; naturalmente, después que obtuvo el paquete... Pero, ¿vive por aquí el señor Hawksfoot? Esto lo dijo distraídamente, como sin darle importancia y Murphy no vió el gran interés que había en la pregunta.

—Sí, señor Leggatt — contestó. — Vive en el número [illegible] de Half Moon Street. Muy a menudo le he llevado notas de la señora... la mayoría acerca de carreras.

Entonces se volvió a atender a otro señor y Leggatt despidiéndose, salió a la calle. Estaba seguro de una cosa: Hawksfoot tenía ahora el cáliz de Hislip.

★

Leggatt se detuvo, preguntándose qué haría ahora. El abogado a quien siempre recurría, tenía su despacho dos calles más allá; ¿iría a verlo? ¿O daría aviso a la policía, a Scotland Yard? Eso era tal vez lo que debía hacer. Uno de los dos había hecho el robo, aunque ambos habían intervenido en él. Y ahora el cáliz estaba en posesión de Hawksfoot... desde las nueve de la mañana y ahora eran las diez y cuarto.

De pronto el Vicario se decidió; iría a la calle Half Moon, pediría hablar con Hawksfoot y le diría todo directamente; si se rebelaba, negaba o protestaba, no sólo lo amenazaría con la policía, sino que inmediatamente lo denunciaría. Esto era lo mejor que podía hacer... y en cinco minutos Leggatt estuvo en la puerta de Hawksfoot.

Un valet joven contestó a su llamado.

—El señor acaba de salir, señor — respondió. —Hace diez minutos; no podría decirle cuándo estará de vuelta, señor, pero sé que almorzará en el club.

—¿Pero no sabe si estará ahora allí? — preguntó el visitante. —No sabe; bueno... creo que lo mejor será que entre y deje una tarjetita al señor, si puedo...

—Naturalmente, señor — dijo el valet colocándose a un lado, respetuosamente. Lo condujo a una salita donde había un escritorio antiguo. —Papel y sobres, aquí, señor.

—Gracias — replicó Leggatt. Acercó una silla al escritorio... y cuando el valet se hubo retirado, cerrando la puerta detrás suyo, dejó oír una exclamación de sorpresa y alivio. Allí, a la derecha, enfrente suyo, en un compartimento del escritorio estaba el cáliz de Hislip! Al lado de la tapa del escritorio estaban los papeles en los cuales había estado envuelto.

El Vicario obró con una determinación que lo sorprendió a él mismo; guardó en uno de sus bolsillos el objeto robado y luego se dirigió resueltamente al hall, desde el que llamó al valet.

—He cambiado de idea — dijo Leggatt con calma. —No escribiré porque pienso ver al señor Hawksfoot en el club. Pero... —agregó sacando una tarjeta suya de la cartera— en caso de que me fuera imposible verlo, ¿querría entregarle esta tarjeta? Gracias. Buenos días.

Un momento después, este improvisado aunque eficiente detective, bajaba la escalera y salía rápidamente a la calle. Vió un taxi desocupado que acertó a pasar por allí, y subiendo a él dió la orden al conductor:

—¡A la estación!

★

A las siete de la tarde entraba Leggatt en la Vicaría, cansado pero triunfante. Fué directamente a su escritorio, sacó unas llaves que estaban cuidadosamente [illegible] y se dirigió a la capilla. Una vez en la sacristía abrió el cofre y depositó en él la reliquia tan costosamente recuperada. Entonces volvió a su casa y llamó a Marian.

—Marian — le dijo — ¡lo he recuperado y ya está de nuevo en su lugar!

La señora Leggatt no cabía en sí de alegría y estaba orgullosa de la inteligencia de su marido.

—¡Francisco! — exclamó. —Pero... ¿dónde lo encontraste? ¿Y cómo?

—Lo [illegible] — respondió Leggatt, [illegible] a la puerta — sobre el escritorio de Hawksfoot, en su casa de la calle Half Moon. ¿Qué piensas de eso, Marian? Pero... ¡eso no es todo! ¿Tenemos diez minutos antes de comer? ¡Entonces escucha.

Su esposa le oía con la boca abierta, tal era su admiración; cuando hubo oído la admirable historia levantó las manos en alto.

—¡Entonces fué por eso! — exclamó. —¡Fué por eso!

—¿Por... qué? — preguntó el Vicario.

—¡Por esto! — replicó la esposa. Esta tarde, más o menos a las tres, estaba aquí la señora Peacock... para preguntar cómo iba la tos de Bobby, cuando vino un hombre del Ayuntamiento con un telegrama que acababa de llegar... y Sir Charles se lo [illegible] aquí, por si ella [illegible]. Lo abrió... y me di cuenta, por su expresión, que algo no andaba. Me miró de una manera tan extraña, que me quedé asombrada. Entonces se levantó repentinamente y me dijo que tenía noticias por las que necesitaba regresar de inmediato; salió casi corriendo y en seguida vi uno de los autos de Sir Charles que se dirigía a Chilminster. Naturalmente ese telegrama sería de Hawksfoot que, sin duda, Francisco, habrá encontrado tu tarjeta cuando llegó a su casa. ¿No te hubiera gustado estar allí para verle la cara cuando la encontró?

Sonó el timbre de la comida antes que pudiera contestar, pero una vez sentado en la mesa, dijo sonriendo a su esposa:

—Lo hubiera deseado, Marian. Tú tuviste el placer de ver a la señora Peacock cuando abrió su telegrama; yo no lo tuve. ¡Pero tuve un placer satánico al dejar mi tarjeta a Hawksfoot... Hawksfoot!

POR JOHN S. FLETCHER

Ilustración de PASCUAL GUIDA

La Fantástica Vida de Juan Fuscaldo

FUE un deslumbramiento. Un día apareció y nos dijo:

—Vagué por desconocidos y misteriosos caminos. A los doce años quise ser misionero para irme al Asia, a morir. Varias veces intenté matarme. La última, me salvó una mujer. Eso fué lo trágico. Después me fuí a Rosario. Allí viví entre ratas. Horrible. Ahora estoy aquí Ustedes deben salvarme.

—¿Nosotros? ¿Por qué? — preguntó Ortíz Behety con beatífica sonrisa.

—No nos dedicamos a salvar almas extraviadas — dijo González Trillo.

El nos respondió:

—¿Entonces, ustedes son unos miserables?

—¡Nada de eso!

—Si ustedes no son unos miserables, yo debo quedarme con ustedes.

Aquel argumento nos convenció.

—¿Usted quién es? — preguntamos.

—Yo soy Juan Fuscaldo — nos dijo, con orgullo. — ¿Y ustedes?

—¿No nos conoce?

—No.

—Entonces... ¿cómo vino aquí?

—Ví el cartel del circo... y me dije: "mi camino está en el circo"... y aquí me tienen. Usted debe ser — añadió, dirigiéndose a Ortíz Behety — el domador de fieras, ¿verdad?

Ortíz Behety quiso abofetearlo.

—Es un insulto — gritaba exasperado, hasta que González Trillo logró contenerlo.

—Y usted debe ser el hombre de goma, ¿eh?

Sus palabras eran punzantes y burlonas.

Fué entonces cuando González Trillo quiso abalanzarse sobre él. Ortíz Behety le dijo:

—Calmate, hermano. Lo expulsaremos.

Y dirigiéndose a Juan Fuscaldo:

—Usted siga su camino. Váyase lejos o mátese... Nosotros no queremos hacer una víctima más.

—¿Irme? Pero si yo pertenezco ya al elenco del Circo Rívoli... ¿O es que ustedes no tienen palabra?... ¿O es que ustedes son unos falsarios?... — dijo él, asombrado.

—Bueno. Terminemos de una vez. Siga su camino y déjenos tranquilos.

—Ni lo pienses — dijo Fuscaldo, tuteándolo con toda tranquilidad. — Aquí estaré perfectamente. Me instalaré en el mejor lugar. No se aflijan por mí. Lo pasaré bien. Adiós, muchachos.

Y haciendo un signo como de que estaba en el secreto, se fué a la carreta del Circo Rívoli.

—¿Qué es esto? — preguntó Ortíz Behety.

—¿Vos lo entendás?

—¿Será un ser terrestre? ¿No habrá descendido del cielo? ¿No será un milagro? ¿Una revelación?

—Parece una criatura de magia y ensueño.

—Tiene unos ojos que brillan de una manera extraña...

—Y una voz que domina...

—Pero... ¿lo dejaremos aquí? ¿No será un peligro, una perturbación?

—Pero... ¿podremos echarlo?

Sabíamos que era imposible. Sabíamos que aquel muchacho llegado en una forma inesperada, estaba ya ligado fraternalmente a nuestras vidas.

Nuestras vidas. Nuestras vidas, de las cuales un editor argentino dijo que no había ni un hecho que mereciera ser recordado, porque no sabía que en ellas la aventura, el espanto, lo inasible, habían participado por igual.

Fué un 15 de agosto, cuando conocimos en Puerto Madryn a Juan Fuscaldo. Habíamos llegado allí con nuestras tres carretas del Circo Rívoli, para hacer una jira por todos los pueblos y grandes estancias del Sur.

Los negocios iban mal, y apenas sacábamos para dar de comer a la troupe. Llevábamos como singulares atracciones a Irene Negret, la echadora de cartas; a Tagara, el faquir; a Sergio Senira, dueño de algunas bestias famélicas; a Carmela Rivas, la ecuyére, y a los hermanos Marcus, que hacían de clowns.

Con esos elementos nos defendíamos y tratábamos de dar a la gente un espectáculo divertido e interesante. Habíamos ya gastado algunos pesos en propaganda, desde que llegáramos a Puerto Madryn, a pesar de lo cual teníamos muy poco público.

Ni la fotografía de Carmela Rivas, pegada en todos los hoteles y comercios del pueblo, lograba llamar la atención, a pesar de que Carmela era una de las muchachas más lindas e impresionantes que hayan pisado el Sur de nuestra tierra. Sus ojos, su boca, sus mejillas, sus cabellos, su cuerpo... pero a qué describir lo que todo el mundo debía admirar hasta la adoración.

Por esa mujer estuvimos a punto de quebrar nuestra vieja amistad y de acribillarnos a balazos. Cuando Carmela miraba a uno de nosotros, un destello de odio brillaba en los ojos del otro.

Esa noche — 15 de agosto — había unas sesenta personas en el Circo Rívoli.

Marcus el chico dijo primero algunos chistes, como para preparar el ánimo de los espectadores. Pero esos chistes, que en Buenos Aires habían hecho reir a varias generaciones de macabros, allí no produjeron ni la más mínima impresión.

Después apareció Tagara. Hizo sus trucos más escalofriantes, y el público, frío e indiferente.

Cuando apareció Carmela con su caballo blanco, hubo algunos aplausos entre la concurrencia. Hizo la prueba del arco de fuego, y obtuvo un mediano éxito. Hizo el ejercicio del caballo bicéfalo, y algunos tímidos aplausos se oyeron. Ella estaba muy fatigada. Se cansaba muy fácilmente cuando no era alentada por el público.

Ya estábamos preparando el plan para abandonar ese pueblo que nos había resultado trágico, cuando sucedió lo inesperado. Las luces parecían brillar con más intensidad. Se oyó un fuerte redoble de tambor y ante nuestros ojos asombrados apareció en la pista Juan Fuscaldo, ataviado con una extraña vestimenta que había secuestrado del camarín.

—¿Qué va a suceder? — pensamos.

Carmela lo miraba, atónita. De pronto Juan Fuscaldo hizo una seña imperiosa, y el caballo se acercó a él.

—¡Salta! — le ordenó a Carmela.

Ella obedeció con un poco de temor. Después, él se encaramó ágilmente, acicateó al caballo, y aquello fué un espectáculo de embrujo, de demonio, de ensueño.

Fué un arrebato. Parecía que una ola de fuego andaba por la pista. Pruebas terribles, acrobacias jamás vistas, entre el peligro, el delirio y la fiebre.

—¡Basta! ¡Basta! — gritaba el público entusiasmado.

Pero parecía que todo eso era poco para Juan Fuscaldo. El caballo estaba pronto a arrojar a ambos jinetes al suelo; pero después, ante la pirueta mortal del muchacho, una pirueta que parecía que iba a ser la última, todo seguía como si nada hubiese ocurrido.

Vueltas y vueltas; saltos. Ya los veíamos por el suelo, destrozados. Los seguíamos con el corazón anhelante.

—¡Maravilloso! — gritábamos, exaltados.

El público aplaudía frenéticamente. Fué una noche inolvidable, delirante. Carmela estaba encendida de gozo, como si el triunfo hubiese sido suyo.

Esa noche festejamos el éxito.

—¡Pacto con el demonio! — dijo Tagara, abrazando a Juan.

Carmela estaba a su lado, y parecía acercarse demasiado a él Eso nos inquietó.

En medio de la fiesta, cuando estábamos todos reunidos, Juan se levantó, y, dirigiéndose a la troupe, dijo:

—Estúpidos cofrades: os he hecho el favor de venir, porque sabía que me necesitábais. Esos (y nos señaló a los dos, como si fuera nuestro juez), no querían que yo me quedara aquí...

Toda la troupe nos miró con indignación. Y Fuscaldo prosiguió:

—Pero yo seré el salvador de este miserable circo, porque una estrella me guía... Yo convertiré este circo en la atracción del mundo entero... yo...

Estaba borracho como una cuba y cayó redondo bajo la mesa.

La semana siguiente fué triunfal. Las localidades se agotaban. El número de Carmela y de Juan era sencillamente sensacional. Pero él se aprovechaba de la situación. Se apoderó, primero, de la cama de Ortíz Behety; después, de la piel de tigre de González Trillo. Se guardaba nuestra ropa, los objetos curiosos que habíamos coleccionado durante nuestras jiras, y se indignaba si le pedíamos cuenta de ello. En medio de nuestra troupe, parecía un rey de gitanos.





—Qué suerte han tenido de que haya caído en sus garras — nos decía.

Un día destrozó los aparatos de Tagara, y éste cayó enfermo, presa de un terrible ataque de nervios. Otro día abrió las jaulas y se llevó las fieras de Senira al arroyo, para que se refrescaran un poco, decía, y allí murieron ahogadas. Provocó discordias entre los tres hermanos Marcus, y éstos se separaron con más rencor que un turco. A la echadora de cartas le hizo una fulminante declaración de amor, y tuvo con ella complicaciones nocturnas.

Poco a poco, nos fué anarquizando todo el circo, hasta el día en que nos dió el golpe fatal. Huyó con Carmela Rivas. Nos dijeron que se había ido para Chile; otros, que habían embarcado en el transporte "Toro". No pudimos saber nada de él.

—¿Te acordás todavía de Carmela?

—No... Sólo me acuerdo de él.

—Fué un deslumbramiento...

—Fué un milagro...

—Nos dejó arruinados.

—¿Sería un ser terrestre? ¿No habría descendido del cielo?

—Parecía una criatura de magia y de ensueño.

—Tenía unos ojos que miraban de una manera extraña.

—No pensemos más en él.

—Si se hubiera quedado, nos habría enloquecido...

—A veces la locura es mejor.

—Callate. No hablemos más.

Pero no hacíamos otra cosa que recordarlo. Juan Fuscaldo: sus ojos, su magia, su ensueño.

★

Pasó tiempo desesperado y terrible. Fué el infierno. Tiempo trágico que es mejor no recordar. Pero cuando llegamos a Comodoro Rivadavia, la suerte empezó a sonreirnos de nuevo. Ibamos como directores generales de la "Compañía Cinematográfica Randon". Para conseguirlo, habíamos firmado un contrato escabroso con un tal Pedro Randon, hombre de avería que pensaba enriquecerse con una película filmada en el Sur.

En Comodoro debíamos esperar la llegada de los artistas, máquinas y operadores, para trasladarnos a Yacimientos cuando todo estuviese listo.

Esa misma noche, después de dejar nuestro minúsculo equipaje en el paradero llamado pomposamente "Gran Hotel del Siglo", nos hicimos amigos de un tal Ledesma Pintos, pioneer, minero y contrabandista, hombre excepcional, cuyas aventuras contaremos algún día. Por él supimos que nuestro gran amigo Juan Larsen, que había sido compañero de Nemo en las minas de Aberg Cobo, se encontraba en Laguna Negra, y para allá nos largamos con la esperanza de encontrarlo. Pero estaba escrito que había de pasar aún mucho tiempo antes de que pudiéramos estrechar la mano amiga y fraterna de Larsen. Al llegar a Laguna Negra, nos enteramos de que, dos horas antes, una comisión policial había tratado de detener a nuestro amigo, acusado de hacer propaganda subversiva entre los mineros. Larsen había huído a tiempo, y hubiera sido casi imposible encontrar sus huellas en el desierto.

Al día siguiente recibimos un escueto telegrama de Randon: "Hoy llega compañía". Nos preparamos a recibirla, y aunque nuestro optimismo no era mucho, no creíamos que sería tan grande la decepción que nos esperaba. Los artistas enviados no podían ser más antifotogénicos y llenos de absurdas pretensiones; las máquinas eran inservibles; los focos alumbraban menos que cualquier vulgar lamparilla eléctrica. Con eso nos esperaba el fracaso. Unicamente el fracaso.

Pero, ya no era hora de desanimarse. Había que seguir adelante y filmar la película de cualquier manera, costase lo que costase, porque aquella era nuestra única esperanza de ganar algunos pesos con que poder regresar a Buenos Aires.

La compañía con la que debíamos filmar "Petróleo", la componían: Miguel Ayala, nervioso, histriónico, cobarde; Paolo Molteni, italiano, barítono; Carlota Murda, que desempeñaría el papel protagónico, para lo cual, según propia confesión, había ensayado durante cuatro meses las indicaciones que recibía por correspondencia desde Hollywood; y otros seres extraños, funambulescos y desorbitados. Todo esto, unido a un operador italiano, amigo de Marinetti y de Bragaglia, y a una máquina de las que, probablemente, habían usado los desocupados que dibujaron renos en la cueva de Altamira.

—Con esto filmaremos la cinta más asombrosa del mundo — decía Ortíz Behety con vehemencia.

González Trillo lo miraba escépticamente y sonreía en silencio.

—¿Qué? ¿No lo crees? — gritaba Ortíz Behety. — Ya verás. Dejaremos estupefactos a los productores de Hollywood. Después de esto, nos ofrecerán contratos fabulosos; vendrán a pedirnos de rodillas que aceptemos la supervisión de las grandes producciones.

—Es probable...

—¿Cómo? ¿Lo dudás? Haremos maravillas, algo nunca visto. La visión humana de la tierra despedazada por los barrenos, el petróleo surgiendo, las ruedas de las máquinas girando en un torbellino desesperado; ojos abiertos, fijos hasta la muerte; manos cortadas; vagonetas, carretillas, tanques; los barcos, como una flota, con sus enormes bodegas tanques, abiertas como bocas. ¡Humanidad! ¡Más que Eisenstein!

—Para eso hacen falta máquinas, elementos, artistas, no estas porquerías que tenemos aquí.

—Fabricaremos las máquinas, crearemos los artistas. ¿Creés que porque la crítica dijo que debía ser estudiado desde el punto de vista psicopatológico, por haber fracasado con "Angustia", voy a fracasar otra vez? ¡Nunca!

El único optimista era él. Los artistas — de alguna manera había que llamarlos — pensaban solamente en el fabuloso contrato que les prometiera Randon, y aun así soportaban con muy poca resignación el terrible viento que golpeaba los ojos con sus ráfagas de arena.

—Así no podremos trabajar — decía Carlota.

El italiano juraba que se iba helando lentamente y que la compañía sería la responsable de su muerte, que privaría al mundo del más grande artista del séptimo arte.

Sus juramentos eran en realidad lo único divertido que teníamos allí, porque él juraba en cinco idiomas distintos y con un énfasis digno de cualquier dios homérico.

Pero aquello no era nada comparado con la vida y las peripecias que nos esperaban en Yacimientos. Allí debíamos dormir en una miserable cas[illegible] de lata, sobre unos cueros [illegible]aco. Para mayor desgracia, [illegible] se había enamorado de Carl[illegible] se pasaba el día interpretando [illegible]enas de un erotismo agudo.

La arena nos había dejado casi ciegos. Nosotros teníamos ya los nervios al descubierto y posiblemente hubiésemos terminado en homicidas, si una circunstancia imprevista no nos salvara, como por milagro.

Así como una vez se disiparon las nubes y se serenó el espacio, cuando "el arcángel se lanzó silencioso y rápido hacia la tierra, rodeado de un círculo luminoso, brillante como el oro o como el fulgor de un relámpago en terrible noche", así apareció de pronto, ante nosotros Juan Fuscaldo.

Era la segunda vez que aparecía en nuestro camino.

—Aquí estoy otra vez con ustedes — nos dijo. — Ahora me he convertido al espiritismo, y los quiero elevar a ustedes también hasta el círculo de los rosa-cruz y de las espadas fulgurantes.

—Creo que tendremos que ponerle el chaleco de fuerza — dijo González Trillo.

—Yo sé un método más expeditivo — contestó Ortíz Behety—. Le daremos un puesto en nuestra compañía.

Y desde aquel momento, Juan Fuscaldo entró a formar parte del elenco artístico de la gran "Compañía Cinematográfica Randon". Y desde aquel momento comenzaron para nosotros las vicisitudes más terribles. Estábamos filmando una escena en la cual una fuerte explosión causaba cuatro víctimas. Todo había salido según nuestros cálculos. Los presuntos cadáveres habían adoptado actitudes de circunstancias, que, si bien no acababan de convencer de que aquellos ya no eran seres de este mundo, por lo menos no habrían de provocar carcajadas demasiado estruendosas entre los hipotéticos espectadores.

La verdad es que conseguirlo nos había costado muchos días de trabajo, aumentado por la animosidad creciente que nos empezaban a demostrar. Porque la prédica de Juan Fuscaldo surtía efectos desconcertantes y rapidísimos. Todo el mundo, y especialmente las mujeres, deseaban llegar hasta aquel "círculo de las rosa-cruz y de las espadas fulgurantes" que él les prometía. Todos sentían ruidos extraños, veían apariciones y hablaban de ectoplasmas. Lo peor era que las pocas personas sensatas de Yacimientos que no se habían contagiado aún, nos echaban a nosotros la culpa de aquella epidemia.

Para aquietar los ánimos, decidimos hacer una exhibición parcial de las partes filmadas. El desastre llegó cuando pasamos la escena de la explosión. El pequeño local estaba atestado de gente, entre la cual se contaban las autoridades. Aparecieron en la pantalla nubes de humo, fragmentos de máquinas despedazadas, y luego los muertos. Los muertos. Nuestra tragedia. Sobre los cuatro cadáveres se elevaban cuatro maravillosos ectoplasmas, que hubiesen hecho la gloria de Conan Doyle. Aquellos ectoplasmas, producto de la fantasía y de la industria de Juan Fuscaldo, por poco nos cuestan la vida.

—¿Qué es esto? — preguntamos.

—Ectoplasmas — nos respondió Juan Fuscaldo, imperturbable.

—Pero... ¿cómo? Si la muerte es fingida...

—Simulan tan bien la muerte, que los ectoplasmas salieron, engañados.

Un clamor desesperado, pavoroso, fué el que llenó la sala. Gritos, chillidos, y, de pronto, tiros de revólver. Un estrépito infernal lo llenaba todo. Aquellas formas fantasmagóricas, que parecían salir de los pseudo-muertos y se elevaban sobre ellos, eran verdaderas ánimas blandas y espectrales.

Se produjo un tumulto. Cuatro o cinco forajidos se lanzaron sobre nosotros, amenazantes. Ibamos a defendernos, cuando una mano protectora apagó la luz. Los gritos se hicieron desesperados.

—¡Vamos! — gritamos, al mismo tiempo.

Y, entre la obscuridad y los gritos espantosos, huímos hacia Comodoro.

POR

Ilustración de

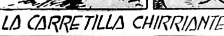
Arístides Rechain

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks





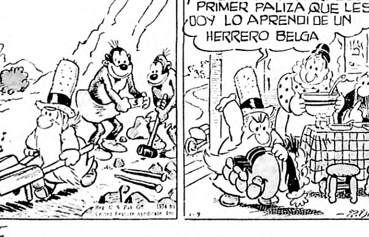












CIRCENSE











UN CHISME











UN HOMBRE DE PASO

POR

HUGO L. RICALDONI

Ilustración de

ARISTIDES RECHAIN

ESTABA vacía de todo ruido la chacra, extendida al sol como un lagarto perezoso.

La peonada se enderezó un instante contra el cielo encendido en reflejos metálicos, pasándose la mano nudosa por la boca envuelta en un círculo de transpiración.

Un chambergo hombruno arrojaba una lista de sombra contra la frente enrojecida, que se iba afinando hasta cerrarse en el mentón, envuelto por una mata de vello rubio en un absurdo alarde caprino.

Hacia el bajo se deslizaban los tablones de verdura dispar, entre los que asomaba la tierra pálida y seca, encauzada en su centro por un sendero que se internaba a lo lejos entre las primeras cepas de un viñedo.

Una yunta de bueyes arrastraba e hincaba la cuchilla filosa de un arado y e paso cansino de un hombretón trigueño, cuyas robustas espaldas parecían sostener el vuelo de un puñado de pájaros pardos.

La carretera se marcaba por una nube de polvo inconstante, y las casas por la redonda copa de una acacia que emergía de la vegetación circundante.

Era un trozo de campo con una mujer barbuda en el centro.
su vientre al sol, y los maizales se habían transformado en parvas cónicas clavadas contra el rastrojo hirsuto.

Allí Dios se había transformado en la lata del agua oculta bajo un montón de chircs, y en e catre que aguarda al fin de la jornada en la fresca oscuridad del rancho inclinado.

Era un troza de campo con una mujer barbuda en el centro.

★

Los tizones del fuego le proyectaban reflejos que correteaban por sus mejillas de piel seca y tirante.

Apoyó el mate contra la caldera sucia y panzona, y de un bolsillo tomó la tabaquera de goma y el librillo arrollado. Lió su cigarrillo con calma, apretando la hebra olorosa con sus hábiles dedos de peona.

Encendió aspirando profundamente y dejó que su mirada escapara por el amplio patio cerrado por los galpones. En la puerta de la cocina un chiquilín rotoso arreglaba la lanza de su carrito de madera, golpeando pesadamente con un pedruzco, que sonaba con su to-toc-toc acompasado como la faena de un buen hachador en un bosque de viejos eucaliptus.

No le gustaban los hijos ajenos, pero le hubiera agradado tenerlos. Nunca los había logrado. Su fealdad, esa barba que le brotaba en el mentón y se escabullía hasta mezclarse con el bozo, había hecho imposible toda esperanza de casamiento. Cuando muchacha había tenido su casa propia, una madre vieja que le ayudaba a lavar y a cocinar, y un bonito traje floreado para ponerse los domingos. Pero de nada valió eso para atraer a los hombres. Le miraban la cara, y ella adivinaba instantáneamente la risa que pugnaba por estallar en las bocas contraídas.

Ni aún la caricia torpe se había creado para ella, y sus tímpanos se habían endurecido aguardando la frase entradora y dulzona que le hiciera latir el corazón. En los bailes se habían calentado las copitas de anís entre las manos anudadas en soledad, y en las carreras su sombra larga y estrecha jamás se había fundido con otra varonil y bien plantada.

Era fea y la maternidad le había escapado, dejando el vientre frío y flaco bajo la pollera de lienzo. Pero un hijo... Si pudiera tener un hijo, todo lo demás le parecería menos amargo, menos agresivo, más bueno y conciliador. Podría apretarlo contra su pecho escurrido, alisarle los cabellos, y trasmitirle esa ternura que nunca pudo utilizar en nada. Y viendo su carita sonrosada y fresca, hacerse la ilusión que había existido alguien que la quisiera sinceramente, con fuerza, con nobleza y docilidad, pero que después la muerte o el camino se lo había llevado...

★

Fumó hasta que la brasa le quemó las yemas de los dedos.

Después tomó nuevamente el mate, y reinició su tarea. Cebaba y sorbía. Sorbía y cebaba otra vez, sin pensar en nada. Los grillos le taponeaban los oídos con un canto estridente y claro, y la luna comenzaba a empinarse sobre la sombra del coral.

Las hojas secas crepitaron bajo unos pies que se aproximaban en la negrura que todavía colmaba el patio. En el círculo de claridad muy tenue que proyectaba el pequeño fuego que encerraba con sus chancletas se plantó la figura de un hombre. Levantó la mirada, sin interés pero asombrada. Los peones no se le acercaban sino para pedirle un utensilio o para darle una indicación. Nada más.

Entra el nuevo contratado. El de la yunta de bueyes y el arado. Un hombre silencioso y triste, treinta y cinco o cuarenta años, de grandes cejas pobladas y nariz ganchuda y gruesa.

¿Qué hacía allí?... ¿Qué quería?...

Quería decirle que le había llamado la atención verla sola, aislada del fogón, maneada con su indiferencia de animal chúcaro.

—Fué la curiosidad... ¿sabe...? Y me dije: si está así es porque algo le pasa, y entonces yo puedo ofrecerme para algo...

Sacudió la cabeza. No le pasaba nada. No se le ocurría nada.

—Es por mi gusto y por el de ellos. Una mujer como yo ¿de qué les vale...? Y para mí es como si no existieran. Me entiendo mejor con las vacas del tambo...

Rió fuertemente, pero sin que el esfuerzo le hiciera vibrar la expresión impasible. ¡Qué mujer más rara...!

Empezaron a hablar.

Habituada a monologar, tan sólo, aquel diálogo le molestaba y le resultaba incómodo, enredándosele las palabras que pronunciaba, y lastimándole las que le llegaban envueltas en su voz pastosa.

No le respondió, ansiando la retirada. Pero el otro se agachó y se puso en cuclillas a su frente, tapando el disco de la luna que se iba elevando cada vez más ágilmente, como un balón lleno de gas plateado.

El chiquilín se había ido a dormir. En la cocina se sentía revolver la vajilla y las bestias se removían inquietas en el establo. La noche fosforecía sobre las chapas de zinc y una brisa muy blanda alborotaba entre las ramas altas.

—Yo vengo del otro lado del departamento. De San Bautista... — comenzó el hombre, metiéndose una mano por la boca de la camisa y rascándose el ancho pecho de coloso.

★

Primero fué indignación lo que le brotó del alma.

Después se extendió un extraño estupor, que fué absorviendo su encono ante la proposición soez y quemante.

Se lo había dicho con una tranquilidad que sabía a la torpe ignorancia de su pobre cerebro, achatada bajo las mechas duras y retobadas.

—Barbuda, ¿por qué no viene luego a mi pieza...?

Así, sin ningún preámbulo, a boca de jarro se lo había lanzado. Ella se aferró a la cadena del aljibe, y sintió cómo su reacción hacía chapotear el balde contra el agua de lo hondo. El contenido de la proposición le fué penetrando despacio, como un aceite denso y nauseabundo. Parpadeó desconcertada. Abrió la boca como si le faltara aire y apretó los puños sin saber porqué.

—¿Cómo...? ¿Qué...?

Garraspeó embarazado con la situación, pero salió del trance:

—Nada. Que más tarde podría venir a charlar conmigo, que podría venir a... a...

No se animó a tanto y se detuvo, observándola con timidez.

Colocó el balde sobre el broquel y después se volvió, apoyándose contra el muro curvo.

—Pero, dígame. ¿Está loco...?

—¿Loco...? ¿Por qué...? Usted vive sola, sin un cariño. Nadie se preocupa porque esté triste o alegre. Y a mí me pasa algo por el estilo. No me atrevo a nada. Tengo hambre de una mujer. Soy fuerte y todavía joven, y cuando pienso en ciertas cosas la cabeza me zumba y me da vueltas...

Se hirguió con furia y le escupió su rabia contenida y sorda:

—¡Claro...! ¡Y como no tiene donde recostarse me echa las babas encima...! ¡Sí, soy la barbuda...! La barbuda que ha de estar esperando que pase el primero y se la lleve, como un cojinillo a donde echarse a dormir...

Le entró miedo por haberse ido demasiado lejos, y se turbó como un niño. Movió las grandes manazas en el aire y se mordió repetidas veces el labio superior, antes de poder reiniciar su discurso.

—No lo tome por mal lado, — explicó dolorido —. No supongo nada malo. Hemos sido siempre buenos compañeros y desde un principio le tuve simpatía. Después, de tanto hallarnos a solas, de tanto contarnos penas y recuerdos, me fué naciendo el cariño. Creo que es cariño. Debe ser así, porque ya ni siquiera recuerdo todo eso que tiene...

Y le mostró el vello que le subrayaba la cara.

Pero no quiso escucharlo más. Alzó el balde y echó a andar rápidamente, marcando su pista con un reguero de gotas que el suelo absorvía rápidamente. La pollera se le enredaba en las piernas escuálidas, como queriendo evitar que se alejara en el bochorno de la tarde.

Todo aquello era muy raro dentro de la chacra.

★

Los días se fueron anotando en el tallo de la cebada, que crecía airosa y juvenil.

El frío había desalojado al sol de enero, haciendo amanecer espejos de escarcha en la lagunita de los patos. Los álamos se habían desnudado, ofreciendo sus troncos lisos al viento que desde el Sur no hacía más que amontonar nubes en el horizonte. La tierra manaba un lodo aguachento que se adhería a la suela de los tamangos, y los crepúsculos se abatían con su rápido capuchón sobre los ranchos acostados en el eje de la chacra.

La barbuda continuaba desempeñando sus tareas. Carpía, segaba, podaba y ordeñaba, sin una falla y sin una omición. Su vello era el de siempre, espeso y rubio bajo el mentón aguzado. Su ropa de marimacho. Su zancada larga y poderosa, de ritmo viril. Y todas las tardes fumaba silenciosamente junto al calor de un montón de brasas.

Pero algo llevaba por dentro que antes no conociera. Una extraña inquietud. Un deseo sorprendente, mejor dicho, que hacía más hondo el pliegue tejido entre los dos ojos.

La sensualidad incontenida del peón nuevo le había mostrado un resquicio de claridad. Le había hecho meditar que si bien no estaba construída como para ser querida, nada le faltaba pada poder ser madre. PARA PODER SER MADRE... ¿No era eso lo que había vivido acariciando con la imaginación?... Ninguna ambición más grata que la de poseer un hijo. Y aquel hombre pudo habérselo dado. A precio de qué, era secundario. Nada importaba.

Por eso en no pocas ocasiones deploró su actitud. Aquel rechazo arisco de la cita vergonzosa, en donde apretarse y mezclarse como dos animales en celo.

—Si hubiera aceptado... — se decía, moldeándose la cintura con un ir y venir nervioso de los dedos.

El hombre no había vuelto a insistir. Se había contraído en su resentimiento huraño, y pasaba a su lado sin detenerse, mascullando un saludo entre dientes, que solía quedar sin respuesta.

Pero otra noche como aquella primera, la barbuda lo llamó, apartando de la boca el pucho pegajoso. Cuando la escuchó se detuvo a la distancia, como temiendo un engaño. Jiró sobre los talones y aguardó algo.

Pudo entonces oírla mejor:

—Acérquense. Vamos a charlar un poco... Como antes...

No se atrevió a resistir. Pero en su mirada esquiva y temblorosa se diseñaba un gran deseo de poder expresar alguna protesta. Tal vez hasta de proferir algo que la lastimara.

Pero no lo hizo y se acomodó en su lugar de siempre. Tomó el mate y chupó sin un resuello, hasta hacer cantar ruidosamente la yerba. Dejó su sombrero en el suelo y con el cuchillo comenzó a dar punta a un palito, como si tuviera que taponar un bocoy de vino.

—Hoy no hace tanto frío...

—No...

—Ha de quedar poco por arar en la cuchilla.

—Poco. El pedazo entre el alambrado y el pozo.

—El tiempo nos ha ayudado, últimamente.

—Bastante. Si continúa así, el domingo iré a saludar a la vieja. a saludar a la vieja.

—¿Irá a caballo?...

—No. Me llevará el turco. Ya le hablé...

—Y la conversación se fué formalizando paulatinamente, en un entrecruz de preguntas tontas. El calor de la cordialidad se fué restableciendo entre ellos, y la decisión que se trazara se tornaba cada vez más firme en el interior de la barbuda, viendo claro, muy claro, a su frente.

Un farol de kerosene que conducía dentro de su claridad a dos pies desnudos, se escurrió por una parra y se perdió más tarde en la barrera invisible de un recodo de la pared. Remolinos de viento hacían girar los papeles y desperdicios, impeliéndolos velozmente hacia la sombra.

Frente al invierno, en un rincón de la chacra, la barbuda y el peón iban resolviendo concienzudamente su litigio.

Aunque él ignoraba toda la verdad.

★

Aquella mujer le aparecía asombradamente contradictoria.

Primero le había ofrecido su amistad como un pan basto, seco y duro. Alimenticio pero sin placer.

Más tarde, el deseo que le había aproximado la había hecho retroceder, como ante una gruesa tarántula que pasara con su andar afelpado muy cerca de su cara tendida entre el pasto.

Posteriormente, cuando hasta la última esperanza se le había ahogado en el gris remolino de su aburrimiento, apareció ofreciéndosele por entero, sin retaceos ni condiciones, como si mercara con la carne de otra mujer cualquiera, como una quitandera vulgar. Y él se apoderó de ella ciegamente, con un apetito espantoso, amasado en las noches en que no podía dormir, y desde la chala del colchón le subía un ardor inaguantable hasta la lengua doblada contra los dientes entreabiertos.

Y por último, se postrer revivir de su voluntad, imponiendo un cerco de espinas entre sus brazos formados y las caderas descarnadas, que aceptaban mansamente todos los avances de su sexo alterado.

Un día faltó a la cita. La aguardó largo rato, metiendo los dedos entre la paja brava de las paredes, y silbando en bajo tono una polka que le avanzaba desde su infancia remota e imprecisa.

No fué. No fué esa noche ni en ninguna de las que siguieron.

—Estará enferma, — filosofó resignado. Y continuó aguardando sin inquietarse.

Pero la ausencia se extendió en círculos cada vez más amplios. Dos semanas se acumularon sobre sus vértebras cansadas, que empezaban a molestarle al caldearse con la abstinencia. Hasta que la increpó con dureza, desconcertado por el misterio:



—Barbuda: ya no venís como antes...

—No...

—¿Por qué...? ¿Qué bicho te picó...?

—Nada. Ninguno...

—Y entonces, ¿por qué no venís...?

—Porque no. Porque ya no iré más.

Supuso la presencia de una bronca. La tomó de un brazo y le ordenó:

—Bueno. Tenés que pensar que soy tu macho, y que si no me obedecés...

Le cortó la hilación como un cuchillo filoso.

—Estás equivocado. Todo se acabó y no tengo interés en nada tuyo. ¡Bastante te soporté...! Hacé de cuenta que nunca me conocistes. Y si te sacaste un gusto, ni te lo cobro ni te lo repito ¿Qué más podés pedir...?

Hubiera podido exponerle todo lo que aún aguardaba de ella. Lo difícil que le era retornar a su antigua existencia de misántropo, calmando de cualquier manera y en cualquier forma la irritación de su virilidad. Pero no le dió tiempo a nada. Volvió a echarse su larga y ancha guadaña al hombro, y se lanzó por el sendero a grandes pasos atropellados, chicoteando el vestido contra las matas de hinojo, que hacían oscilar sus débiles flores amarillentas en el tope de su follaje húmedo y perfumado.

La chacra se puso a bailar desenfrenadamente ante sus ojos, en centenares de muñecos rojizos, mezclándose las plantas y los postes del alambrado en una ridícula confusión; y pareciendo trepar hasta el cielo doblado un brioso caballo zaino, que retozaba en el potrero con su cola enarcada.

Caminó sin prisa hasta un cerco de membrillos. Se tumbó en el suelo y revolcó su cabeza entre las flechillas que le cosquilleaban en los oídos. Intentó pensar en algo, pero no logró coordinar sus ideas.

Aquello era demasiado desconcertante para poder explicárselo. "Si se me dió es porque le gustaba. Llegaba hasta el catre sin que se lo recordara. Allí no se impacientaba por nada, hasta que yo... Eso es cierto. Pero, ¿y cómo ahora...?"

Le cansaba seguir la pista de su pensamiento. Bostezó con indolencia y se dejó dormir, aquietándose el espíritu bajo las caricias de la fatiga.

Mientras tanto la barbuda llegaba a la cuchilla. Desde allí se divisaba en toda su amplitud el paisaje monótono y cuidado. Los predios escalonados, el curso tortuoso del arroyo, la carretera que aparecía, se estiraba sin desfallecimiento y se precipitaba al encuentro del pueblo, las sementeras bien acondicionadas, las yuntas que iban y venían entre los terrones, y un molino que apenas giraba contra la línea del horizonte.

Nada de todo aquello le importaba. Lo conocía de memoria, rincón por rincón, pliegue por pliegue, hasta donde no se animaban a llegar los automóviles que arribaban desde la ciudad.

Pero había algo en sí misma que absorvía toda su atención y le infundía una alegría de embriaguez jamás saboreada. Si el peón hubiera sabido observar, comprender, habría notado que sus caderas se movían ahora más pesadamente, como arrastrando un lastre interior.

Porque era una mujer a la que Dios no había construído como para ser querida, pero nada le faltaba para poder ser madre...

Para una mujer así, el hombre es algo de paso.

ASI ES...

Los hombres que triunfan, como los pasajeros de ómnibus, dan instintivamente un paso adelante.

★

La policía detuvo a aquel escritor porque vivía del "cuento".

★

Aquel hombre que se dió a la bebida para olvidar una pena, no sólo consiguió su propósito, sino que también perdió la memoria.

★

Aquel borracho católico y triste, no se emborrachaba si no era con "Lágrimas de Christi".

★

Un negro se dedicó a la música con el exclusivo propósito de cambiar de sol y de conocer las "negras".

★

El hombre que tenía la lombriz solitaria quiso un día salir de pesca y para completar su equipo se la compró una caña.

La Flor Azteca, mostrando una sola parte de su cuerpo, puede ser la mujer ideal, pues al contrario de las demás, demuestra al menos tener cabeza...

★

Cuando se murió aquel idiota que se jactaba de dormirse en el cine, sus amigos dijeron: "Está viendo su mejor película"...

★

La sorpresa más grande de aquel provinciano recién llegado a Buenos Aires, fué cuando se enteró que aquí, para divertirse había que seguir el "tren"...

★

Con las sandías pasa lo que con algunas mujeres. Si uno no las cala primero, pierde la plata.

★

Cuando el novio hubo plantado a aquella gallega, ésta se compró un calentador Primus para consuelo de su desventura.

POR

HORACIO BASTERRA



Ser ó no Ser

LEONARDO estaba hecho un perfecto idiota. No era para menos, pues realizaba el tipo acabado de lo que entre nosotros se llama un "pollerudo".

Víctima de sus dos únicas hermanas, mayores que él, vivía bajo la imposición permanente de acompañarlas a cuanto sitio se les ocurriese ir, y no era poco si se tiene en cuenta que no paraban ni un minuto en la casa.

Al cine, a la tienda, a la zapatería, a las innumerables visitas, a los bailes; a todo eso tenía que acompañarlas Leonardo. Naturalmente que a él le hubiese gustado bailar, pero le estaba prohibido aprender. Para fundamentar esta prohibición se argumentaba que era demasiado joven... que tenía solamente diez y seis años y que el entusiasmo del baile podría impedirle el vigilar debidamente a sus hermanitas.

Por supuesto que esta previsión había sido tomada por la madre, pues ni a Julia ni a Celia se les importaba que aprendiese o no, ya que la vigilancia que pudiera realizar él, la burlaban cada vez que se les ocurría. ¡Si era un verdadero babieca! Sus ojos se clavaban sobre un par de botines de charol de un joven bailarín, y allá se iban, dale que dale vueltas por todo el salón, hasta que la pieza terminase. Otras veces, sus ojos se fijaban en el arco del violinista, y automáticamente subían y bajaban al compás de aquél hasta que cesase de tocar. Leonardo caminaba exactamente igual que Celia y hablaba con las mismas inflexiones de la voz de Julia. Calcúlese qué impresión produciría, pues sus facciones eran más bien femeninas, aun cuando su contextura física fuese todo lo varonil que puede ser a su edad.

Sus propias hermanas burlábanse de él, hasta el punto de que cuando Celia le imitaba las inflexiones de voz de Julia, [illegible] gonzarle, era Julia quien se enfurecía y a su vez se ponía a caminar como Celia...

Cuando esto ocurría, Leonardo no acertaba más que a decir:



—Voy a contárselo a mamá ¿eh?

Por lo demás, ya se adivina que la "feminidad" de Leonardo no consistía más que en su manera exterior, adquirida por el frecuente trato de sus hermanas y agravada por el hecho de que el chico no tuviese relaciones con jóvenes de su sexo.

De modo tal le habían imbecilizado, que ya no tenía inconveniente en quedarse un cuarto de hora ante el escaparate de una tienda, comentando en alta voz con sus hermanas, el color de ciertas medias o el bordado de tal camisa.

Un día trabó relación con un muchachito de su edad, a quien conoció en el café anexo al cine del barrio. Hablaban de football y nada más.

Cierta vez ocurrió algo extraordinario. Un joven a quien él no conocía pero que tenía intimidad con su amiguito, entró al café en que estaban ellos, acompañando a una mujer, y tomaron asiento en la mesa que él ocupaba.

Se sintió profundamente turbado, y una ola de calor, que él presentía de color muy rojo, le envolvió la cara. Aquella mujer estaba muy pintada y hablaba con una desenvoltura que le sorprendió.

Apenas acababa de sentarse, cuando entró también un hombre con una [illegible] que por [illegible] terrible joroba. El hombre aquél era el lazarillo de un organillo. Se acercó a la mesa y pidió una limosna. La mujer le dió una moneda y cuando aquél se hubo retirado, ella dijo, con acento de lástima:

—Ese hombre debiera ser inmensamente rico, pues como no puede aspirar al amor sincero, que es la primera felicidad para un hombre, no le quedan más que los placeres de la mesa y de la embriaguez. Un hombre bien parecido que se ve en la última miseria, cree más en el amor que si estuviera en la riqueza, y esto le hace feliz. Pero a ese pobre jorobado ¿qué le queda? Si yo fuese rica, lo mantendría a las mil maravillas. ¡Pobre, pobre hombre!

Y se quedó realmente entristecida.

Leonardo era un muchacho de muy buen corazón, así es que [illegible] muy impresionado por la tristeza de aquella mujer, y quiso también él opinar algo, pero lo hizo con tan mala suerte que dijo una barbaridad.

La mujer pasó súbitamente de la tristeza a la carcajada, pero una carcajada larga, estrepitosa, [illegible] tenible...

Leonardo se puso de pie, tembloroso, rojo.

—Bueno, yo... me voy.

—Oh, no, joven. No se vaya ¿porqué? ¿Qué tiene [illegible]? Usted es un buen muchacho. Siéntese.

Comprendió que una fuga era en verdad más vergonzosa, y volvió a sentarse, pero un pensamiento le [illegible] la [illegible] ción durante todo el día. Pentima, la misma lástima [illegible] saba:

—Sí, esa mujer me tuvo lástima por el jorobado. ¿Qué hago ahora?

El creía que tenía que hacer algo, pero no [illegible] qué. Se sentía humillado [illegible] humillación que dura mucho tiempo y que constantemente nos incita a ob[illegible] con grandeza, a aspirar a los mejores méritos para sentirnos redimidos ante nosotros mismos.

Aquella [illegible], Julia tuvo la desgraciada ocurrencia de burlarse de [illegible] ándole las inflexiones [illegible].

Lo que Leonardo experimentó entonces fué algo indescriptible. Sintió que el mundo lo tragaba, que ya no era nadie, que aquel miserable jorobado era mil veces más dichoso, puesto que nadie se burlaba de él.

Convulso, rojo, le gritó:

Repítelo, repítelo, si eres capaz.

Ella repitió la burla, pero esta vez con mayor ensañamiento femenino.

Leonardo no pudo contenerse y le dió un bofetón.

Julia, pasado el primer momento [illegible], echóse a llorar.

El pobre muchacho, asustado [illegible] actitud, corrió hacia la calle y se extravió por la ciudad.

Lo que había hecho se le aparecía estupendo, inaudito. Para él, acababan de cerrarse para toda la vida las puertas de su casa. Hasta la madre estaba perdida.

Con lágrimas en los ojos, pensaba:

—Si se tiene piedad por un jorobado o por un rengo, ¿porqué no me la tienen a mí que soy [illegible]? Si la gente no hace más que reirse, ¿para qué quiero la vida?

Cuando regresó a su casa, por la noche, ya habían cenado. Sus hermanas le esperaban para que las acompañase al cine.

No se atrevía a mirar de frente a Julia y se sentía profundamente avergonzado de estar junto a ella, no por ella, sino por sí mismo, por lo que había hecho.

Es así que cuando su madre le indicó que debía acompañarlas, él se ruborizó todo y con gran energía contestó:

—No voy. No las acompaño más.

Fué inútil que su madre insistiese, y la disyuntiva quedó resuelta con estas frases de Leonardo:

—He dicho que no voy y no iré más. Soy un hombre y ellas saben lo que hacen.

Las muchachas, aquella noche, salieron solas.

Y así comenzó la liberación de Leonardo, aquella liberación que le iba a hacer perder, en poco tiempo, su "feminidad"...

En efecto, poco tiempo después, y cuando aun estaba viva en su pecho la humillación, una noche, en una calle central, se cruzó con una trotadora, la que se volvió para mirarle.

Como era muy bonita, él también volvió la cabeza.

Su sorpresa fué muy grande al notar que aquella mujer le miraba no con interés sino con una curiosidad despectiva.

—Buenas noches... — dijo él, con voz más femenina que de costumbre, creyéndose en la obligación de decirle algo.

La mujer frunció los labios como para escupir y le contestó:

—¡Asqueroso! ¿Quiere mis polleras?

Leonardo comprendió y ya lanzándose sobre ella, iba a pegarle, pero se contuvo pensando que estaba en la calle y que era peligroso.

La trotadora no se movió siquiera.

—¡Si no eres capaz!

¡Oh, aquello era demasiado! ¿No lo había hecho con su propia hermana?...

Fuera de sí, la abofeteó con ambas manos, repetidas veces, con furia.

—¡No! ¡No! Basta, déjeme, perdón!, gemía la pobre mujer.

—¿Perdón? No, no perdono. Ya perdí la lástima! — Y siguió repitiendo los golpes, hasta que, cansado, dejó caer sus brazos.

La mujer lloraba, y él, entristecido por todas las humillaciones sufridas, se echó a llorar también, a llorar con todo su corazón ofendido y pobre...

—¿Lloras, lloras? ¡No, querido, perdóname, perdóname, por favor!

—¿Porqué son todos así tan malos? ¿Porqué? — preguntó dolorosamente Leonardo.

—Bueno, cállate, cállate. Eres bueno, sí, se ve que eres bueno. Dame un beso...

—¡No, ahora no!

—Dame un beso.

La mujer le tomó una mano, le arrastró hasta un lugar oscuro de la calle y le besó repetidas veces, hasta que él, conmovido, hizo otro tanto.

Fueron amigos, más que amigos, quizás [illegible]. De tal manera que poco tiempo después, Leonardo había perdido su "feminidad"...

POR [illegible]

Ilustración de [illegible]

Museo de la Confusión

EN cierta revista hogareña yace una página dedicada a la pesca perlífera con viga en el propio. El pajizo crítico de la eruppdita y aburridísima seccional titulada: La paja en el ojo ajeno citó con fecha 11 de mayo del año en circulación cierto anacronismo dominguero ofrendado al Ombú. Luego de expresar el enciclopedista a la violeta la seguridad de que las estrofas serían recordadas por el lector, nos las ofrece como sigue:

> Cada comarca en la tierra
> Tiene un rasgo prominente:
> El Brasil su zona ardiente,
> Minas de plata el Perú;
> Buenos Aires, patria hermosa,
> Tiene la pampa grandiosa,
> La pampa tiene el ombú...

Como no deseo dedicarme a la investigación de pergaminos, polillas incunables y menos aún recubrirme de telarañas o naftalina en los archivos de Indias o en la imprenta editora de los niños expósitos, confiaré solamente a mi memoria la tarea de corregir y aumentar este novísimo texto ofrecido por el pajuerano de la empresa Haynes. Ante todo diré que no soy un admirador del poema original ni del poeta que lo engendró, pero no por ello dejo de reconocer el valor documental que como inventario geográfico y mineralógico ofrece la poesía en cuestión. Tenemos, es cierto, en la actualidad obras didácticas más amplias que la dejada por Domínguez para orientarnos por el hemisferio, pero ofrecen la enorme desventaja de una prosa difícil de recordar, y que no permite al examinado la ayuda de la guitarra ni de otro acompañamiento musical. Declararé de paso que gracias a las filarmónicas condiciones del poema logré aclarar las dudas que me ofrecía el facsímil pescatuario en su amenísima recordación. Provisto de una mandola descubrí las falsas imputaciones a Zona y Miau, por el Brasil y la extraña desaparición de montículos, areniscas, sobrerrelieves, cirrosis y otros importantes sistemas orográficos de origen montevideano. El resultado final de la mnemotecnia combinada con el bordoneo fué el siguiente: Cambio de zona por solsticio y Montevideo su cerro, con antelación al piropo bonaerense. Al perlífero hogareño le recomiendo que busque a su Fitina.

★

El diario de los Mitrídates publica con pavorosa asiduidad como estrambote a sus artículos de fonda o de fondo (no son izquierdistas) ciertas ocurrencias, comentarios, acuarelas, reminiscencias o reblandecimientos que titula Viñetas Urbanas. La correspondiente al 19 de mayo con gran desventura comienza así:

> RETRATOS ANTIGUOS.— Esa costumbre importada hace algunos años y difundida por ciertas calles del centro, de instalar pequeños comercios en los zaguanes, ofrece un espectáculo variado, si no siempre agradable. En el zaguán comercial se venden cigarrillos, se reforman sombreros, se asan castañas y se fabrican llaves, todo a la vista, y, a veces, al olfato del público.



¿Qué pretenden los del mitrogenado A. M.? ¿Que los pequeños comerciantes se encierren en sótanos profundos a vender cigarrillos, reformar mitras, asar castañas y repartir llaves a clientes tan inverosímiles como conjurados, conspiradores, ratones, murciélagos, fósiles, emanaciones subterráneas y tesoros escondidos?

Lo que el mitro-organismo desea es la ruina del comercio minorista. En otra forma no se explica que proteste por cosas tan insignificantes como el olor más o menos fuerte a llaves Yale y sombreros reformados que se expende en algunos zaguanes y calle por otra parte del inmundo ídem a smoking que sale de las grandes tiendas y la performance inaguantable a Pat O'Brien que emerge de los más aristocráticos cinematógrafos urbanos.

★

La revista Rosalinda, publicación mensual para la mujer, que aparece el primer lunes de cada mes, con el asunto de la fiesta patria ha echado el resto en banderas idolatradas, laureles y olivos; gorros frigios y mishios, soldados heroicos y pasos redoblados, llegando hasta coronarse de gloria vivamos. En una instructiva página dedicada a los niños y titulada Historia de una escarapela (relatada por algún escapulario) encontré lo siguiente:

> Pasaron los años. Desde 1913 hasta 1926, tuvieron lugar muchos acontecimientos, como la jura de la independencia en la ciudad de Tucumán, los triunfos navales del Almirante Brown; las gloriosas campañas del General San Martín en Chile y Perú.

Quién no va a recordar todo esto que se encuentra tan cercano. Rememoremos lo que pasó en el catorce. Primero: la guerra del setenta y la catástrofe del sesenta y nueve. En seguida la revolución del noventa y la muerte de Tomás de Quincey y Fumás de Veintey. Tres meses después, en noviembre, la asonada de octubre y la chirinada de Juan Moreyra. Llegamos finalmente al 25 de Mayo de aquel inolvidable 9 de Julio que fué el causante del 6 de Setiembre p. m. Desde entonces mi alma anda errabunda. Consecuencias de las civilizaciones mayas, las mayólicas y las mayonesas con máyades.

★

Un eucarístico panfleto titulado Sur y Verdad con motivo de cierto Congreso de seglares, obispos y cardenales se ha puesto más impertinente que de costumbre. Con la excusa de dar sanos y buenos consejos, nos sale con lo siguiente:

> Hay personas religiosas que tienen algún defecto, como el mal carácter. Dios lo permite para que sean humildes. Los impíos notan estas pequeñas imperfecciones de la gente religiosa, y se escandalizan grandemente.

Y lo peor de todo sin necesidad. Total, si un presbítero se lo come crudo al monaguillo a lo mejor es porque Dios le ha dado carta blanca de vegetariano. Si un fraile díscolo tira el discóbolo será porque tiene patente de parálisis infantil. Si un cardenal revolea la chancleta y se levanta con el cepillo, los óbolos para los huérfanos sacrílegos, empeña el altar mayor y permuta a un niño Dios usado por una pistola de dos caños nueva, es perfectamente comprensible: lo hizo para probar su honradez.

El mismo mamotreto hablando del conglomerado eucarístico, dice:

> Por efectos del Congreso, seguramente, se realizarán imponentes peregrinaciones al Santuario de la taumaturga del Plata, Ntra. Sra. de Luján, en la que se unirán a nosotros los bravos paraguayos, los caballerescos uruguayos, los chilenos, brasileños, bolivianos, etc.

¿Los bravos paraguayos entre nosotros? Los turistas, querrá decir. En cuanto a los otros adjetivos, como uruguayo me saco el sombrero: como brasileño, chileno y boliviano, protesto desde la meseta de Matto-Grosso, la puna de Atacama, y Cotosí Cochabamba y la Paz. Como etcétera, tengo esperanzas.

★

Ahora, a pedido de algunos lectores, cierto poema de Pablo Neruda aparecido en un papelacio dominguero con filiación mitrista. Como resulta que esta sección y el lector son más cortos que el poema, me dedicaré solamente a interpretar una parte de la composición sospechosa. Dice así:

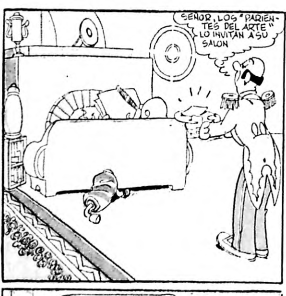
> Ven a mi alma vestida de blanco, con un ramo de ensangrentadas rosas y copas de cenizas.
> Ven con una manzana y un caballo.
> Porque allí hay una sala oscura y un candelabro roto, unas sillas torcidas que esperan el invierno,
> y una paloma muerta, con un número.

Yo creo que esta composición no ofrece mayores dificultades. Se trata evidentemente de una desviación del Sistema Ollendorf aplicado a la literatura. De otra manera no se explicaría los motivos por los cuales la posesión de ramos de rosas, copas de ceniza, manzanas a caballo, autorizan a introducirse en una sala convertida en palomar y amueblada por sillas inutilizables repletas de candelabros. Por otra parte, no creo tampoco que el poeta pretenderá iluminar la sala con el caballo, componer los candelabros con la manzana o enderezar sillas por med[io] del Vesubio.

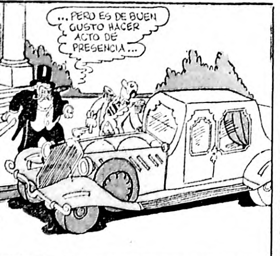
POR

DIBUJOS DE RODRIGUEZ

Nuevo Rico ★ por H.













Sobre el Arte de Ahorcar

FUE un ahorcamiento en la campaña y todos nosotros éramos huéspedes del sheriff. Hubo mucho vino. De vez en cuando lguno de nosotros se levantaba y podía oir a través de la puerta bs ruegos del consejero espiritual lel condenado. Rezó toda la nohe, sin descanso. En la proxiidad del alba todos salieron fuera y el condenado bajó una scalera de piedra, vistiendo una ünica negra, parecido a los que an a doctorarse. Era un hombre lanco; su rostro era verdoso; sus jos estaban entrados como si cainara dormido. Dos hombres lo yudaron a subir a la horca. Le abian dado medio gramo de orfina y estaba más muerto que ivo antes de que lo ahorcaran.

★

El último ahorcamiento que he isto fué interesante. Lo presenó el director de prisiones del Estado. Aunque era un penalista le reputación nacional, era la imera vez que veía ahorcar. nstintivamente este género de jecución lo repelía, pero como usto y cauteloso hombre que era, ensó que era mejor ver y reén después empezar una campaa para que se aboliera el ahorcmiento en su Estado y fuera ustituído por le electrocución.

Eramos veinticinco o treinta. idos hombres. Y cada uno de nosotros tenía que presentar una queña tarjeta impresa, que de: "Admítase al señor Tal y al en la ejecución de Tal y al". Cuarenta o cincuenta homes más se movían la callela de frente a la penitencia y cada vez que un guardia acercaba a los barrotes de la trada, alguno de ellos se acerba pidiéndole que lo dejara enar. "El fiscal del Estado me di que invocara su nombre". "Soy amigo personal del jefe de ardia cárceles". O: "Fuí uno los jurados". Pero como no teen tarjetas en forma, no eran dmitidos. Nosotros, que ahora ábamos el patio de la penitenlaría, éramos los únicos huéspees. Entre nosotros se incluían olíticos "que habían deseado iempre ver uno"; un cobrador ancario que subordinaba a los uardias para no perder ningún horcamiento: cuatro repórters. lgunos parientes de la víctima lel asesino y un montón de apaionados de los ahorcamientos, uyos nombres nunca faltaban en as listas. Entre los cuatro repórers teníamos dos botellas de whisty, que bebimos a tragos, sucefivamente, en los lugares obscuos que atravesábamos al caainar.

En unos cuantos minutos pasaaos al interior de un mezquino dificio y una vez allí a un cuaro de techo altísimo. Nos paraos junto a una pesada cadena endida a través de la parte meía del cuarto. Lejos de la cadea, alrededor de treinta pies enima del piso, había una galería, ue se extendía de pared a pared. Mirando por esta galería se odía advertir una puerta en el ondo. Estaba abierta y algunas ombras se movían en su intelor. Una escalera de fierro baaba de la galería al suelo done estábamos. Una larga cuerda, on su extremo más bajo enroado en un gancho del piso iba asta el techo, donde pasaba a avés de una argolla y caía hala abajo.

Nadie decía nada. Uno de los pórters respiraba rápida y fagosamente, igual que un home que ha corrido mucho. Se abía quejado del frío, pero ahoa estaba sudando. De pronto, a avés de la puerta de la pared e atrás, salió un grupo de homes, colocándose en la alta gaía del cadalso. El hombre que abía ser colgado estaba en el edio, con un guardia a cada uno e sus lados, agarrándolo y una aja de guardias detrás suyo. alieron afuera casi a la carrera, emejantes a la línea delantera de n equipo de football.

En seguida se produjo un reuelo alrededor del condenado: n negro. Tenía una larga túnia negra. Dos hombres, arrodilándose, le ataron los tobillos on una cuerda. Otro hombre se e acercó, susurrándole algo al ído. Era el pastor de la prisión, ero no leía un libro de oraciones, sino que cuchicheaba. El ondenado movía la cabeza de un nodo amigable, según me pareció.

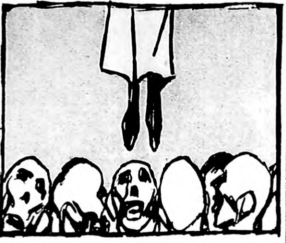
Entonces echaron una negra apucha sobre sus ojos: el condenado pareció manotear, como lguien que busca algo en la obsuridad y trató de levantar un ie. En ese momento corrieron la rampa con un pesado ruido de ierros y el condenado cayó en l agujero.

Todo esto se había hecho tan ápidamente que no me apercibí le que los guardias, momentos ntes, habían asegurado la cuerla alrededor de su cuello.

Las suelas del zapato del ahorado estaban colgando a unos eis metros del suelo. Las autoidades y los médicos se colocaon cerca suyo, pero no muy cera. Un guardia sacó el extremo le la cuerda que estaba enrollalo en el gancho y dejó que el uerpo obrara lentamente hasta ue no estuvo más que unas poas pulgadas del suelo. El hom-



Ejecuciones por ahorcamiento: tal es el tema de esta escalofriante nota escrita por un testigo presencial



bre no se retorció ni giró. No se sintió ningún estertor, ni se vió contracción alguna de los miembros. Sólo un pequeño balanceo que el guardia detuvo en cuanto estuvo a su lado.

Un médico puso su estetoscopio encima de las vestiduras y constató que todo estaba en regla, vale decir, que la muerte se había producido. El aparato pasó de mano en mano, de oído a oído. Los médicos se hablaban en voz baja. Parecían una cantidad de comerciantes en tren de discutir las cualidades de una mercadería. El alcaide dijo, mientras se llevaban el cuerpo:

—Uno de los ahorcamientos más exitosos que se haya visto jamás. Murió en el mismo momento que la cuerda lo apretó...

El director de prisiones, con su instintivo aborrecimiento por el arte de ahorcar, no sabía qué pensar.

—Ciertamente, parece que fué hecho con facilidad y expertamente —dijo—. Pero tengo que ver una electrocución antes de que pueda decir la diferencia. He pedido una invitación para observar una en Sing Sing.

★

La cuestión no ha sido solucionada jamás. La comisión Gerry hizo una encuesta acerca de cuál sería el sistema más humano de ejecutar. Se recibieron 200 respuestas, de fiscales de Estado, jueces, sheriffs y algunos médicos. Ochenta estaban por el ahorcamiento; ochentisiete por la silla eléctrica; ocho por el envenenamiento; cinco por la guillotina; cuatro por el garrote; siete por métodos variables, como el apuñalamiento o un tiro en la cabeza. Los ocho restantes eran impracticables en absoluto.

El sheriff (cuya cortesía debió consistir siempre en ceder su asiento a las damas), pedía que los hombres fueran ahorcados y las mujeres enviadas a la silla eléctrica. Un juez deseaba que se colgara a los acusados de "culpas graves" y se electrocutara en aquellos casos en que hubiera atenuantes.

Un ahorcamiento a la americana, en el ochenta por ciento de los casos, incluye una emblaguez del reo y muchas veces de sus guardianes. Mr. Gerry y sus asociados, hombres muy morales, miraban esta costumbre con indignación.. En el ahorcamiento de los cuatro anarquistas de Chicago, por ejemplo, que había tenido lugar el año anterior a la campaña de Gerry, el alcaide había invitado a beber a los acusados antes de abandonar el mundo. Parsons y Fischer no aceptaron, pero Engels pidió una botella de Oporto, mientras Spies solicitaba vino del Rin.

"Desde el punto de vista moral, la grosera impropiedad de enviar un hombre a la presencia de su Hacedor intoxicado, es demasiado obvia para requerir comentario", decía la puritana comisión.

Aquí había una nueva doctrina para la teología: ¿la embriaguez subsistente más allá del sepulcro? Toda la cristiandad reclamaba una respuesta. ¿Qué pensaban de un borracho en el cielo? ¿Y en el infierno? ¿Es el alma o el cuerpo el que se embriaga? ¿Un hambre lo bastante malo para ser ahorcado verá a su Hacedor? ¿Se hacía allá alguna diferencia entre los borrachos de vino y los de cerveza al 2 o|o de alcohol? Un millar de cuestiones parecidas se le ocurrirían a los teólogos modernos, pero en 1888 cada cristiano suponía, sin ninguna pregunta que un hombre muerto borracho era enterrado borracho, resucitaba borracho y comparecía ante su Creador borracho, a lo menos si había sido ahorcado.

Todo ahorcamiento fracasa si la víctima se contrae, gira o lanza estertores. Desde este punto de vista la ejecución de los anarquistas de Chicago fracasó malamente. El repórter del "New York Herald" tenía un lugar próximo al cadalso de los obreros y relata la ejecución así:

"El cuello de Parsons no se quebró y los horrores de la muerte por estrangulación tuvieron lugar. Los m;s indiferentes espectadores vieron con piedad el angustioso sufrimiento del agonizante y cómo su pecho se distendía en el patético esfuerzo de los pulmones por obtener aire... La caída de Engels debió quebrarle el grueso cuello... Fischer colgó limpiamente por unos cuantos segundos y entonces algunas débiles convulsiones desarreglaron la capucha blanca... Un espectáculo horrible se presentó... Una sombra púrpura cubría la porción baja del rostro y el espanto de una agonía por estrangulación fué visible. Los dedos de Fischer se contrajeron violentamente, alcanzando al rostro. Después de unos segundos todo concluyó. Y las manos cubiertas de la sangre que le brotaba al ejecutado de la garganta volvieron a colgar inertes... El cuerpo de Spies experimentó algunas horrorosas convulsiones".

Recientemente, el 21 de febrero de 1930, en la prisión de Estado de Arizona, en Florence, arrojaron a la condenada Eva Dugan tan lejos de la trampa que el nudo corredizo le cortó la cabeza. En el otoño de 1931, el verdugo Scroggins tuvo la misma mala suerte con un penado en la penitenciaría del Estado, en Moundsville. Cuando el negro John Jackson fué colgado en Maryland, en la penitenciaría de Baltimore, en 1930, la cuerda se cortó. Jackson fué sacado inconsciente de la parte baja del cadalso, en una camilla. Arreglaron una nueva cuerda y el negro, desde la camilla, fué lanzado a la trampa, muriendo antes de haber salido de su desvanecimiento.

Es difícil encontrar estadísticas completas acerca de los ahorcamientos. Ahora sabemos que desde 1922 hasta 1929 324 personas fueron ahorcadas en los Estados Unidos. En el mismo período 550 personas fueron electrocutadas. En el primer caso alrededor de cuarenta por año. En el segundo sesentiocho. Los 22 Estados que ahorcan ejecutaron menos personas que los 19 que electrocutan. El Estado en que se han producido más ahorcamientos es el de California. Su record es de 67 en ocho años. Pero Pensylvania, el más grande empleador de la silla eléctrica, ha despachado 107. Illinois, el Estado de los "gangseters" ha colgado solamente 40 y Nueva York ha electrocutado 98.

De los siete Estados que una vez abolieron la pena de muerte y luego la restablecieron, en lugar de aprovechar la oportunidad de los "gangsters" ha colgado ron al viejo sistema de ahorcar. En 1931 la Legislatura de Virginia rechazó un proyecto de ley que proponía substituír el ahorcamiento por la electrocución.

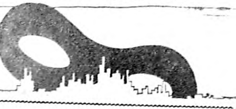
La Liga pro Abolición de la Pena Capital tiene una oficina en Nueva York y trabaja activamente. Mientras tanto, el término medio de 110 ejecuciones por año se mantiene.

Y, lo que es peor, en más de un Estado civilizado, donde la horca oficial es regularmente aceitada y pulida y donde la cuerda de cáñamo se guarda con todo cuidado, en un sitio fresco y aireado, según las prescripciones, el pueblo soberano, de pronto, renuncia a los servicios del verdugo profesional, se apodera de un negro, fabrica por sí mismo el nudo corredizo y lo cuelga del árbol más próximo.

POR

RAIMOND S. TOMPKINS

ILUSTRACION DE GUIDA



Libros Recibidos

★

EMILE GOUIRAN — *"André Gide"* — (Essai de psychologie littéraire. Precedé d'une lettre de Gide) — París. Edit. Jean Crés.

JUAN CORNAGLIA. — *"Así son"* — (Relatos de tierra adentro). Buenos Aires, 1934.

SERGIO ALMAR — *"Afiches para un olvido"* — (Poemas). Ediciones Eurindia, Buenos Aires, 1934.

RICARDO FEIJOO REYNA. — *"Cuestiones Constitucionales"* (Temas jurídicos y políticos). Dos tomos. — Lima, 1934

JUAN CARLOS AGULLA — *"Política Educacional"* (Nuevas doctrinas pedagógicas). — Córdoba, 1934.

JACOBO VARELA ACEVEDO — *"Acción Parlamentaria y Diplomática"*—Claudio García, editor, Montevideo, 1934.

La Criadita y el Guitarrero

La historia de un paisano guitarrero, buen mozo y decidor... y fundamentalmente infame

EN la estancia de misia Dorila. Sentados a la sombra de un paraíso los peones trabajaban. Un tipejo patizambo, la cara quemada, el bigote áspero, untaba de grasa las ruedas de un carro.

La robusta doméstica machacaba el locro, en el mortero de piedra. Morocha, muy morocha, con los ojos profundos, llenos de vida, el cabello tirante, los labios gordezuelos y rojos. Daba gozo mirarla. De cuando en vez servía un mate a los peones o vertía un chorrito de agua en la pava tiznada. Todo el cuerpo cimbreaba al levantar los fuertes brazos. Le interrogó el paisano del rostro quemado, clavándole los ojos:

—Candelaria: ¿cuándo nos casamos?

Y se escuchó la risa jocunda de los peones. Continuaba en el mismo tono de burla:

—¿Por qué no me querés para marido? No soy tan feo. ¿Por qué no me querés como a Juan Clavero?

La peonada reía, con un reír extraño, adivinando la intención ladina.

La chinita se había aquerenciado en la casa. Un día misia Dorila recogió a la niña sin padres que le entregaba la policía rural.

—¡La iguana! ¡La iguana!

Gritaban los chicos de la cocinera, rompiendo el silencio de la siesta. Gruñó el galgo viejo, despertando, con el oído atento. Los gozques ladraban, corriendo en todas direcciones. En el fango se revolcaban críos y marranos. Entre unas matas de sandía un perro negro apareció con la iguana despedazada, entre los dientes. Un chico desnudo, revuelta la pelambre, le quitó el sangriento despojo, y se lo mostró a misia Dorila, que espantaba el tul de mosquitos, rodeada de aves, bajo una parra en cierne.

La vieja apergaminada, bostezó largamente, y dijo con voz refunfuñona:

—Dejá eso, mal impuesto, y alcanzame el látigo.

Con la vara que le entregó el niño espantaba las gallinas. El aire caliente traía ruido de cascabeles. Arriba, en el cielo blanco, chillaban las gaviotas. Un coche negro y alto se detuvo en la tranquera. Misia Dorila fué a abrir:

—Pase, Manuel. Ya vino esta mañana el capataz a ofrecer la visita. ¿Cómo te va Dina?

Doña Dina le saludaba en el estribo del coche, con un ramito de jazmines en las manos sarmentosas. Las dos viejas temblonas se abrazaron junto al pozo, recordando los años de la infancia. Murmuró doña Dina:

—Vengo de las misiones. ¡Un santo el padre Calixto, un santo! ¡Qué linda fiestita hizo anoche el padre!

Venía Candelaria con el mate servido, descalza como una esclava. Ahora se había puesto un traje de percal rosa. Doña Dina murmuró gravemente:

—Ya sé que andás de novia. Hasta Rincón de Luna llegó la noticia. No sé quién será el mozo, pero ya podés tener mucho cuidado, no te vaya a pasar lo mismo que a tu madre.

Reconveníale misia Dorila, santiguándose en muestra de asombro:

—¡Cómo es eso! ¿Vos andás con amoríos sin decirme a mí nada? ¡Ah, pícara! Yo quiero que esta sea la mujer del cochero. ¿Qué te parece? Así todo queda en casa.

La criadita callaba, poniéndose encendida. Continuó la anciana avinagrada:

—Jamás le hablé de sus padres, che. No conviene que los conozcan, porque en cuanto te sirven para algo se los llevan. ¿Te acordás de "Cambaí", que ya sabía contar las vacas? El domingo, a la oración, vino a buscarlo su madre. ¿Estás contento, pa'mi hijo? — le decía. Y se lo llevó, nomás. Era de ella. Nadie puede quitarle su derecho.

Venía el tape a caballo por los montes. Era un mozo jovial, de mejillas bermejas, alto, arrogante. El guitarrero era de vida nómada, que deambulaba de chacra en chacra, por Corrientes, la Mesopotamia argentina. Llevaba el cuchillo atravesando el cinto. A ratos descabalgaba para abrirse camino en la maraña con el hacha. Legua y media hasta llegar al sitio de destino. Para prolongar la delicia de la espera retenía el caballo al paso, o se estaba largo rato encendiendo el cigarro. Tenía una ansiedad inaplacable, un alma virgen y ardiente que le hacía amar con calma, sin temor a las fuerzas ciegas de la Naturaleza. A intervalos el soplo de la brisa agitaba el poncho redondo. Paró el caballo. Silbó tres veces. La puerta del galpón se abrió cautelosamente. Al echar pie a tierra oyó la voz de la doméstica:

—¡Juancito!

—¡Candelaria!

Estaban apagadas todas las voces del campo. Pasó una bandada de teros. Después, el silencio profundo. Los ojos alegres del mozo la miraban con ingenua malicia:

—Hoy estás más linda que ayer.

Durante mucho tiempo pasearon en la noche callada. Se sentaron, después en un tronco de quebracho caído. El la contemplaba sonriendo. En el gran estero florido de camalotes, croaban las ranas. La luna roja iluminaba las aguas paradas, entre juncales. Candelaria sujetaba la cansada rodilla con los dedos entretejidos. Aquellos lugares solitarios y salvajes estaban llenos de altísimo silencio. Invisibles violetas exhalaban frescos olores. El mozo apoyó la guitarra a su camisona rayada, haciendo sonar las cuerdas. Cantaba polkas guaraníes, y su música primitiva se confundía con la música infinita de los cielos nocturnos. A la criada le invadió un delicioso sobresalto. El cantor le acarició las manos, conservándolas entre las suyas:

—¡Candelaria! ¡Candelaria!

Apenas hablaban. Ella esperaba que el mozo la interrogase pero prefería atraerla hacia sí con dulzura, acercándose todo. Sintió la muchacha que su rostro se coloreaba:

—Déjame, Juancito...

El insistió:

—Vamos a ser marido y mujer: ¿Le dijistes a la patrona que querés casarte conmigo?

Los ojos de la criadita le miraron serios:

—Dice que sos un atorrante.

El mozo murmuró:

—¡Me caigo y me levanto! No seas zonza. Ella te quiere como a una hija y te va a ayudar.

Y eso soy para ella, nomás. El otro día me retó mucho por vos.

El sombrero pajizo de alas anchas, daba sombra a la afeitada faz. En aquella actitud de reposo Candelaria ofrecía su belleza entera.

Juan Clavero le suplicó en voz amante:

—¿Serías capaz de obedecerme en cualquier cosa?

—¿Por qué me preguntás eso? La mujer tiene que ser mujer para todo.

—Anoche me dijistes que tu patrona ha vendido unas pieles... ¿Sabés donde puso la platita?

—¡Robar!... ¡Nunca!

—Ella es culpable, mi novia. No debiera ser amarreta, y prestarnos unos reales...

En la siesta llameante doña Dina buscaba a la criadita. Anduvo todas las dependencias de la casa, con sus libros de rezos, llamándola a voces. Por fin apareció Candelaria, restregándose los ojos.

—¿Dónde has estado? — le preguntó misia Dorila, avinagrada.

—Allá, en la cocina.

—Cállese la boca, mal impuesta. Voy a dar la orden de que te vigilen por la noche. Vos te quedás dormida en los rincones... para eso he criado a tantas y tantas...

POR

ALEJANDRO de ISUSI

Ilustración de Rojas

La vieja movía el cráneo compasivamente, cortándose los padrastros con una tijera chica:

—Andá a poner las sábanas en el catre del capataz. Apareció una negrita con el vaso de leche. Misia Dorila sorbió la espuma blanca:

—Vos no vas a hacer como las otras. Me vas a servir a la juerga.

Doña Dina, limpiándose con el dorso de la mano la boca sumida, entró en las piezas calientes de bochorno. La criadita piensa en huir, quiere alejarse con su amado. Con él viviría en perpetuo amor. Pasó una hora en sombrío abatimiento. La negrita le hizo compañía varios ratos. Atada al ombú balaba una oveja. La estancia estaba en santa paz. La emoción del amor hizo acudir el llanto a los párpados de Candelaria.

Como la mayor ventura soñó que estaba casada con Juan Clavero, que habitaban un ranchito blanco; tenían por todo capital dos vacas lucientes. Entró en el cuarto de doña Dina, caminando en la punta de sus pies desnudos. La vieja roncaba sonoramente en su lecho. El capataz, por fortuna para ella, no velaba el sueño de su patrona, como tenía mandado. Se detuvo un instante, al oír pasos en el patio. En el ámbito oscuro sonaba el viejo reloj familiar. A la luz difusa la vieja parecía un espectro. Candelaria buscó nerviosa, levantando un poco el colchón. Había logrado reprimir el exceso de miedo: ¡Oh! Allí estaban los pesos que le hacían falta, envueltos en papel. Rápidamente los guardó en el bolsillo de su delantal. Y se fué a encerrar en su pieza, para contar el dinero del hurto.

Candelaria hacía mentalmente examen de conciencia, y repetía sin cesar:

—¿Por qué no habrá venido Juan esta noche?

Así durante dos semanas. El capataz había sido despedido por misia Dorila, culpándosele del robo. En aquel estado de incertidumbre no podía continuar la criadita. ¿Estará enfermo? — se decía. ¿Se habrá ido lejos con la plata que ella le entregó? Ensilló un caballo manso, al temblar el sol de la mañana. Requirió las riendas, sentándose como un hombre, pegó un chirlo al tordillo. Va por la chacra renacida, entre naranjos llenos de sol, en la llanura venturosa...

Cuando llegó al pueblo era ya el crepúsculo. Apenas podía tenerse sobre el caballo. Se detuvo en el rancho de Talo. El paisanaje estaba de fiesta. Bailecito y churrasqueada. Las chinas endomingadas rodeaban al "bastonero", con los semblantes regocijados. El hombre del acordeón tocaba una ranchera. Candelaria saludó desde el estribo, apoyando la diestra en el hombro de un mozo para descabalgar:

—¿Por quién es la fiesta?

Adivinó por el gesto del labrador:

—Se casó Juan Clavero con la hija de Talo.

A Candelaria temblábale todo el cuerpo. Ella dijo con una sonrisa:

—Es lo mismo.

El mozo la miró lleno de asombro:

—¿Vos no le querés...?

Quedó un momento silenciosa. Al cabo murmuró en voz muy baja:

—¿Para qué...? Si él ya no me quiere...

LOS DOS BALAZOS

LA casa de los Blethyn, situada en una planicie al norte del país de Gales, estaba rodeada de un parque boscoso circundado por una vieja verja, siendo solamente una pequeña porción de las en otro tiempo vastas posesiones de la noble familia.

En la época en que se desarrollaron estos sucesos, sus habitantes eran: Sir William Crowland, segundo esposo de Lady Silvia Blethyn, ésta y un hijo del primer matrimonio de la esposa, de nombre Harold. Sir William había contraído enlace con Lady Silvia siendo ambos de edad un tanto madura y cuando ya Harold contaba veintidós años. Diez habían transcurrido desde entonces y puede decirse que no reinó la tranquilidad ni la paz en el hogar en todo ese tiempo, debido a la disparidad de caracteres de los componentes de la familia, ya que Lady Silvia era verdaderamente la única equilibrada de todos.

Su esposo frisaba en los sesenta años y era de un carácter fácilmente irascible, lo que, unido a su temperamento sanguíneo y a su marcada afición a la bebida, lo convertían en el ser menos apto para convivir con su hijastro Harold.

Este, de carácter retraído, era un verdadero neurasténico, y se hallaba positivamente convencido de que el único móvil que había impulsado a Sir William al matrimonio con su madre era el deseo de disfrutar de los cuantiosos bienes que componían el patrimonio de los Blethyn.

Las disputas no eran del todo frecuentes entre ambos, pero cuando surgían, llegaban a un grado de violencia que a duras penas podía mitigar el espíritu apacible de Lady Silvia, y si aquéllas no se producían a diario, ello se debía a que el joven Harold, dado su temperamento huraño, evitaba la presencia de Sir William y pasaba sus días encerrado en su habitación, entregado a extrañas lecturas, y otra gran parte del tiempo dedicado a la caza, abundante en aquellos lugares, siendo una de sus pequeñas vanidades su buena puntería y sus dotes de hábil cazador.

La servidumbre estaba compuesta por Martín Baldwin, antiguo sirviente de Sir William, a quien siguió después de su enlace; Catalina, cocinera que prestaba sus servicios en la casa desde que Harold contaba seis años; Lucie, mucama, de nacionalidad francesa, y Bessie, especie de ama de llaves con funciones mixtas de sirviente y persona de confianza.

En el exterior de la casa y no lejos de la entrada del parque, tenía su vivienda el guardabosques Barke.

Un riacho atravesaba el bosque y el parque, riacho que cerca a la casa se desviaba, lamiendo sus paredes por los costados norte y oeste, a manera de los fosos característicos de las antiguas fortalezas medioevales.

Para formarse una mejor idea del lugar en que se desarrollaron los hechos que narro, doy a continuación un plano del primer piso de la casa y de sus más cercanos contornos:

1 - Habitacion de Harold
2 - Escritorio
3 - Habitacion de Sir William
4 - Corredor
5 - Biblioteca
6 - Baño
7 - Habitac. de Lady Sylvia
8 - Arroyo
9 - Parque
10 - Puente
11 - -

Después de una cena íntima a la que asistió, además de los dueños de casa, un amigo de la familia, el coronel C. H. Brackenbury, vecino y propietario de un "cottage" de los alrededores, éste se despidió para retirarse en momentos que en el reloj de la pequeña iglesia del poblado daban las doce campanadas de la media noche. Harold no había tomado parte en la comida, excusando su inasistencia por hallarse un poco indispuesto.

Cuando el coronel Brackenbury trasponía la verja para pasar a la carretera, sintió claramente una detonación que le pareció proveniente de la casa que acababa de dejar, y como al cabo de un minuto un segundo estampido le confirmó sus sospechas, por lo que dando media vuelta se encaminó velozmente a la casa de sus amigos. Cerca de la casa se le incorporó el guardabosque Burke, quien se dirigía hacia el mismo lugar, atraído también por el ruido de los disparos.

Llegados a la casa, y después de llamar un momento, les fué abierta la puerta por el mayordomo Baldwin, quien, pálido y con los ojos extremadamente abiertos, contestó a las preguntas de los recién llegados con palabras entrecortadas.

—Sí... ha sido arriba... han debido matar al señorito Harold.

Sin detenerse un instante subieron el coronel y el guardabosque seguidos por Baldwin, y al llegar al primer piso vieron al extremo del corredor un pequeño grupo formado por Sir William, su esposa y Bessie, quienes golpeaban la puerta de la habitación de Harold.

—Los disparos fueron hechos en esta pieza — exclamó Sir William — y a pesar de que Harold debe estar adentro, no nos contesta.

—¡Hay que forzar la puerta... mi hijo puede estar aún con vida! — prorrumpió Lady Sylvia.

Sin perder un instante, el coronel Brackenbury apoyó su recio hombro contra el panel, que no cedió, hasta que tomando impulso descargó todo el peso de su cuerpo sobre la puerta, que se abrió violentamente.

Un gran desorden reinaba en la habitación. Sillas derribadas, la colcha de la cama colgaba de uno de los lados, varios libros entreabiertos desparramados por el suelo, la puerta del ropero abierta y un tintero de cristal había volcado su tinta sobre la alfombra.

Cerca de la ventana, con los pies hacia ella, yacía de espaldas el cuerpo de Harold, vestido con un pijama, con una mancha roja a la altura del corazón y encima de un charco de sangre.

Estaba muerto, sin lugar a ninguna clase de dudas.

Sir William atendió a su esposa, que semidesvanecida fué retirada a su habitación en compañía de Bessie.

Una vez que regresó el dueño de casa, ordenó al mayordomo que requiriera telefónicamente los servicios de la policía.

Brackenbury echó una ojeada en torno suyo, y después de probar la puerta de la pieza que comunicaba con el escritorio y examinar la ventana cerrada, murmuró:

—¡He aquí una muerte verdaderamente extraña.

—Mejor será dejar las cosas como están hasta la llegada de la policía — opinó el dueño de casa.

—Creo que será lo más acertado — asintió el coronel.

★

Habrían transcurrido diez minutos escasos desde la llamada telefónica, cuando el zumbido de un motor de automóvil indicó la llegada de las autoridades.

Antes de que tocaran el timbre, Baldwin se apresuró a franquear la entrada al sargento y su acompañante.

—En efecto — contestó Sir William, — estábamos disponiéndonos para acostarnos cuando hemos oído dos detonaciones, al parecer de revólver, y al forzar la puerta de la habitación de mi hijastro lo hemos hallado sin vida.

—¿Podría indicarme el lugar del hecho? — requirió el sargento. —Preferiría estar solo mientras reviso la habitación—. A estas palabras, Sir William, precediendo a Mac Gregor, subió las escaleras en dirección a la pieza de Harold.

—Esta es la habitación —dijo al llegar— y de acuerdo a sus deseos, lo esperaré en el hall con los demás hasta que usted haya realizado la investigación que desea.

—Perfectamente — repuso Mac Gregor, y entró.

Lo primero que hizo fué examinar el cadáver del joven, y al revisar sus ropas no halló nada de particular, excepto un hilo de unos treinta centímetros de largo, adherido al pijama en el borde del orificio producido por el proyectil. Lo retiró con cuidado, y encerrándolo en un pequeño sobre guardó en el bolsillo.

Después pasó a inspeccionar la habitación. Ante todo trató de encontrar el arma, pero por más que revisó con todo detenimiento no pudo encontrarla por ningún lado.

Al llegar junto a la ventana se detuvo un instante, pues en el marco halló la huella del otro balazo que se había disparado en la habitación. La ventana era del tipo de guillotina, la que tenía unas cuerdas al costado para mantener el contrapeso, lo que facilitaban su manejo. La cuerda había sido cortada por la bala, y en la madera se veía el orificio producido por el proyectil.

Trató de abrir la ventana levantándola, mas no lo consiguió por más esfuerzos que hizo. Examinó los muebles caídos, las ropas de la cama, los libros desparramados, y con toda minuciosidad los cajones del ropero y del escritorio, y salió a reunirse con las demás personas.

Una vez llegados al hall pidió a Baldwin lo acompañara para revisar el resto de la casa, rogando a Sir William y a los demás que aguardaran su regreso, pues tal vez tendría que hacerles algunas preguntas.

Primeramente se hizo conducir al escritorio adyacente a la habitación del malogrado Harold.

Las paredes estaban cubiertas por bibliotecas de unos dos metros de ancho por tres de alto, colocadas unas a continuación de otras, dando la sensación de una sola estantería.

Al entrar se dirigió hacia el lado izquierdo, hallando que la puerta que comunicaba con la habitación estaba oculta por una de las bibliotecas.

Agachóse, y examinando el suelo con gran detenimiento, movió la cabeza como sorprendido. El resto de la habitación no lo distrajo mayormente, y cuando Baldwin se disponía a acompañarlo a las demás dependencias, vió con sorpresa que Mac Gregor, sin demostrar interés en continuar la inspección, se dirigió nuevamente al hall.

—Me parece — exclamó al llegar — que el misterio es grande; pero confío en que todo quedará aclarado.

—¿En dónde ve usted el misterio? — replicó Sir William—. Si las puertas de la habitación estaban cerradas, lo mismo que la ventana, y no estaba adentro nadie más que el muerto, creo que se puede afirmar terminantemente que se trata de un suicidio.

—Para aceptar esa hipótesis — contestó el sargento — sería necesario aclarar algunas circunstancias. En primer lugar, no es frecuente que el suicida haga desaparecer el arma después de su muerte. Por más que he revisado la habitación detenidamente, no he hallado el revólver por ningún lado. En segundo lugar, no puedo afirmar categóricamente la imposibilidad de entrar o salir de la habitación, ya que la única puerta cerrada con llave por dentro es la que se forzó para entrar en ella. Aparte de esta, existía otra puerta y además la ventana.

—Pero el acceso es imposible, tanto por una como por la otra —repuso con aplomo Sir William — ya que la ventana es imposible de escalar pues da al foso, y la otra puerta está clausurada y además tiene una biblioteca delante por el lado del escritorio.

—Como usted mismo lo reconoce —concluyó Mac Gregor— el asunto se presenta difícil, pues tan imposible es salir de una pieza como que un cadáver se entretenga en esconder el arma empleada.

—En tal caso, y como jefe de la familia —respondió a su vez el dueño de casa— me parece necesaria la cooperación de la policía metropolitana, y si usted no tiene inconveniente, ahora mismo voy a requerir los servicios, comunicándome con las autoridades de Scotland Yard.

—Como usted lo desee —fué la contestación del sargento— yo, por mi parte, acepto la colaboración que usted indica—. Y dando media vuelta, se encaminó al exterior de la casa, mientras Sir William solicitaba la comunicación telefónica con la capital.

Una vez en el exterior, el sargento se dirigió hacia el costado noroeste del edificio, cruzando el puentecito de la izquierda, y se dedicó a inspeccionar el terreno en busca de alguna huella. Al cabo de un cuarto de hora, y como no hallara nada de particular, regresó a la casa, donde Sir William le informó que le habían comunicado desde Scotland Yard el envío del inspector Laughton.

En ese momento sonó el timbre de la puerta, indicando la llegada del médico policial, Dr. Swinnerton, quien, llevado al lugar del hecho, constató que el proyectil había perforado el corazón de la víctima a la altura del ventrículo izquierdo y que la muerte, por lo tanto, fué instantánea. No se notaban rastros de deflagración de la pólvora y la hora presuntiva de la muerte coincidía con la media noche. Comprobado esto se retiró, indicando que la autopsia posiblemente suministraría datos de interés, como el calibre del arma, imposible de precisar en ese momento, pues los elementos de que disponía eran insuficientes para la extracción de la bala.

Mac Gregor, a su vez, dado lo avanzado de la hora, decidió continuar la investigación el día siguiente, ya que, no obstante la intervención de la policía metropolitana, la autoridad local debía seguir actuando.

★

A las dos de la tarde del día siguiente hizo su entrada en la casa de los Blethyn el inspector John C. Laughton, enviado por el Departamento de Investigaciones Criminales para investigar la muerte de Harold.

Fué recibido por Sir William Crowland, y cinco minutos más tarde llegaba el sargento Mac Gregor, quien inmediatamente se puso a las órdenes del representante de Scotland Yard.

El sargento informó a Laughton de todos los pormenores de la investigación e inmediatamente se trasladaron ambos a la habitación que ocupara el hijo de Lady Sylvia.

La pieza se hallaba tal como quedara la noche anterior, excepto la ausencia del cadáver, que había sido trasladado por la mañana a fin de serle practicada la autopsia por el médico de policía.

Dos detalles despertaron la atención del inspector: la ventana y la puerta que comunicaba con el escritorio.

La primera fué prolijamente revisada, especialmente la cuerda rota del contrapeso, y después de forcejear ambos y haciendo palanca con un trozo de hierro que Baldwin les proporcionara, pudieron levantar la hoja.



La puerta cerrada que comunicaba con la pieza de al lado, también fué objeto de prolija inspección. Trasladados al escritorio y antes de remover la biblioteca que ocultaba la puerta, comprobaron la existencia de huellas de haber sido desplazada recientemente. La llave no se hallaba colocada en la cerradura, y habiéndola requerido del dueño de casa, éste informó que no sabía a ciencia cierta si existía la tal llave, pues por su parte nunca la había visto.

—Ahora — empezó el inspector — vamos a proceder al interrogatorio de práctica. Será mejor que todos se reúnan en el hall y a medida que los vaya llamando vengan al escritorio.

El primero en declarar fué Sir William, quien manifestó que una vez retirado el coronel Brackenbury, a la medianoche, se dirigió a su habitación en donde empezó a revisar unas cuentas que el mayordomo le entregara por la tarde, y que habrían transcurrido unos seis o siete minutos cuando oyó el primer disparo, seguido de otra detonación, un minuto más tarde. Habiéndole parecido que provenían de la pieza de Harold, se dirigió a esa puerta, golpeando sin obtener contestación; al momento de llegar se le incorporaron Baldwin, Lady Silvia y el ama de llaves, quienes también golpearon y llamaron sin obtener respuesta, y pocos minutos después llegaban el coronel y el guardabosques, siendo el primero quien derribó la puerta. Preguntado acerca de sus relaciones con el muerto, contestó, con voz firme, que no podían ser peores.

El segundo en declarar fué Baldwin, quien no suministró más datos que los conocidos, expresando que una vez que hubo salido el visitante a la medianoche se entretuvo cerrando la puerta y revisando las ventanas de la planta baja, cuando fué sobresaltado por el ruido de los balazos, trasladándose al primer piso, en donde vió a Sir William al lado de la puerta de la habitación de Harold.

Pocos fueron los informes suministrados por Bessie, pues sólo declaró que a la hora en que se desarrolló el hecho se encontraba en su habitación del piso superior, y que bajó alarmada al oir las detonaciones. Se mostró reticente al ser interrogada acerca de las relaciones del muerto con la familia, y especialmente con Sir William, llegando a murmurar: "Eso tenía que suceder con sus continuas disputas. La de ayer fué la más violenta de todas.

La cocinera Catalina, y Lucie, la mucama, no suministraron ningún dato interesante, pues expresaron no haber oído los disparos y sólo se enteraron de lo ocurrido cuando Bessie subió a despertarlas. Ninguno de los interrogados oyó ruido de lucha.



Llamado nuevamente Sir William, el inspector Laughton le solicitó que si el estado de Lady Sylvia lo permitía desearía cambiar algunas palabras con ella.

Breves instantes después los policías se trasladaron a la habitación de la dueña de casa la que, pálida y demacrada por el insomnio, se prestó a ser interrogada.

Se refirió a que la noche anterior, al retirarse el coronel, se había dirigido a su habitación, y estaba disponiéndose a descansar cuando oyó las detonaciones lo que le causó gran impresión, hasta que dominándose pudo salir y vió a su esposo y a Baldwin que golpeaban a la puerta de Harold.

—¿Cenó su hijo con ustedes, anoche? — preguntó el inspector.

—No — respondió Lady Silvia — nos hizo anunciar por Baldwin que estaba algo indispuesto.

—¿Ocurría ello con frecuencia? — insistió Laughton.

—Sí —se apresuró a contestar la señora— muchas veces no cenaba o lo hacía en su habitación.

—¿Eran buenas las relaciones entre Harold y Sir William?

—No tan buenas como yo hubiera deseado; tenían caracteres muy opuestos... pero, ¿por qué me pregunta esas cosas?

—Señora — respondió Laughton — aunque resulte doloroso, es nuestro deber averiguar todos los detalles que puedan ser útiles para la investigación.

Y después de algunas preguntas sin importancia ambos policías se retiraron de la habitación.

—Es necesario registrar toda la casa — opinó el inspector, una vez que hubieron salido — pues hay dos objetos que deben ser hallados: el arma y la llave de la puerta que comunica con el escritorio.

Llegados al hall, recomendó a los presentes que permanecieran en ese lugar hasta que terminaran de revisar la casa.

Una media hora después los dos policías, que se habían distribuido la tarea de buscar ambos objetos, regresaron, el uno empuñando un revólver calibre 32, hallado en el ropero de Sir William y al que faltaban dos proyectiles, conteniendo las correspondientes cápsulas, y el otro una llave que probada resultó ser la que buscaban. Esta última se halló en uno de los cajones de la mesa situada en el escritorio.

Interrogado Sir William sobre el particular, nada pudo manifestar, excepto su extrañeza, pues afirmó no conocer la existencia de ninguno de los objetos.

En momentos en que ambos policías se retiraban para hacer un paréntesis en la investigación, llegó un agente portador del informe del doctor Swinnerton: el proyectil que había ocasionado la muerte de Harold era de revólver, y éste de calibre 32.

Dejando vigilancia en la puerta de la casa, Laughton y Mac Gregor se dirigieron al local de la policía.

Llegados al despacho del sargento y por indicación del inspector, entre ambos policías hicieron el siguiente resumen de los hechos:

A las 0.6 horas dos disparos de revólver se efectuaron en la habitación de Harold.

Uno le causó la muerte y el otro cortó la cuerda de la ventana.

El desorden que reinaba en la pieza parecía indicar que hubo lucha.

La única salida de la habitación era posible por la puerta del escritorio.

Un revólver con el que se habían realizado dos disparos se halló en el ropero del dueño de casa.

La llave de la puerta de comunicación en un cajón del escritorio.

Era conocida la animadversión que Sir William profesaba a la víctima, así como los frecuentes incidentes entre ambos. El día del hecho sostuvieron un altercado.

—Me olvidaba de un detalle — interrumpió Mac Gregor, sa cando un pequeño sobre del bolsillo — este hilo estaba prendid en el pijama de la víctima, al borde del orificio producido por balazo.

—Aunque no le atribuyo importancia — expresó Laughton — lo incluiremos en el resumen.

—De acuerdo a estas conclusiones — continuó — no parece di fícil determinar la personalidad del criminal. No puede ser sin Sir...

La llegada del coronel Brackembury cortó el final de la fras

—Buenas tardes — exclamó el visitante — parece que ha ad lantado la pesquisa. Ante todo, deben disculparme la interrupció

Después de una breve presentación, seguida de una pausa em barazosa, el coronel prosiguió: —¿Sería indiscreto tratar de con cer las conclusiones a que han llegado?

—De ninguna manera — respondió Mac Gregor, entregándol el papel que contenía el resumen — puede leer esto; sólo falta es cribir el nombre del criminal.

El coronel echó una mirada sobre la hoja, y devolviéndola em pezó: —Seguramente ustedes ignoran el carácter extraño de l víctima, así como su avanzada neurastenia, y tal vez el odio qu profesaba a Sir William.

—Lo conocíamos — replicó Laughton, un tanto molesto — y está consignado en el resumen.

—Permítame — aclaró el coronel — el resumen más bien s refiere al odio de Sir William hacia Harold. Y continuó: —Ha varias circunstancias que al principio me llamaron la atención: un de ellas, la intensidad con que llegó el ruido de las detonacione dada la distancia a que me hallaba. Debo advertirles que entiend algo de armas de fuego. Al ver la ventana de la habitación cerrad pensé que, por lo intenso del sonido, los disparos habían sido he chos con un arma más potente que un revólver, pero después se h comprobado que la bala correspondía a un arma de esa clase. Un sola explicación podía tener el hecho observado; la ventana estab abierta cuando dispararon los balazos.

—¿Con qué motivos la cerró el criminal? — interrumpió Laughton.

—Se cerró sola —explicó el coronel— o, me jor dicho, la cerró la fuerza de la gravitación a cortarse la cuerda del contrapeso.

—Entonces, una vez muerto Harold, el crimi nal ensayó su puntería sobre la cuerda de la ven tana. ¿Con qué propósito? ¿No le parece, coron que estamos perdiendo lamentablemente el tiempo — exclamó Laughton francamente malhumorado.

—En efecto —repuso Brackembury— y si u tedes me lo permiten, voy a explicarles, a mi ma nera, lo que realmente sucedió.

—Harold —empezó— era un ser desgraciad abrumado por una atroz melancolía y que no hab encontrado en este mundo ningún aliciente que l justificara la necesidad de existir. Ni siquiera amor despertó en él una visión optimista. Com otros tantos enfermos mentales, a la larga crey encontrar la solución en la eliminación, en el su cidio.

Pero su odio a la vida sólo podía compararse al que sentía por su padrastro. El suicidio lo uti lizó como elemento para su venganza. Una ve concebida la idea, se propuso desarrollarla co habilidad y astucia. Provocó esa tarde una agri disputa con Sir William, desplazó la biblioteca d su lugar para dejar huellas que indicaran la salid por esa puerta, guardó la llave en el escritorio, e condió mientras cenaban los demás, un revólve idéntico al que emplearía, en el ropero de Sir Wi lliam, tomando la precaucin de que apareciera re cién disparado; después, esperó el momento pro picio para realizar el único acto de su vida qu justificaba su existencia.

El desorden que reinaba en la pieza era a todas luces falso Todos los muebles y objetos derribados habían sido colocados en t posición, para evitar ruidos. No había nada roto, ni su cuerpo te nía señales de violencias.

En el momento oportuno disparó, de cerca, un balazo contra l cuerda del contrapeso, con lo que la ventana levantada se vino ha cia abajo, pero él tomó la cuerda con la mano izquierda, impidien do su descenso. Entonces, con el brazo estirado y la mano derech afuera de la ventana, hizo puntería sobre su corazón, valiéndos del hilo que ató por un extremo a la boca del revólver y por otro el lugar que quería herir, y una vez obtenida la línea recta oprimió el disparador. La ventana cayó automáticamente al solta la cuerda la mano inerte. Así murió Harold Blethyn.

Por un instante ambos policías no supieron qué responder, pe ro al cabo Laughton arguyó: —Pero, en este caso, el revólver ca yó afuera de la ventana.

—Si yo tuviera a mi cargo la investigación del asunto — di jo displicentemente el coronel — creo que ordenaría que rastrea ran el foso.

Realizado el rastreamiento del foso en el lugar indicado, s halló un revólver calibre 32, con dos cápsulas usadas y un troz de hilo atado a la boca del caño.

Cuando el inspector Laughton fué a visitar al coronel por l brillante explicación que había dado del asunto, éste modestamen te se concretó a responder:

—No crea que este es mi primer caso. De algo me habían d servir los diecisiete años en el Servicio Secreto en la India. ¡Hace cada escamoteo esos pícaros hindúes!



POR

CARLOS PEREZ RUIZ

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

El Desencuentro



MR. Towers Chandler, estaba planchando su traje de etiqueta. La plancha iba y venía empujada vigorosamente tratando de marcar la codiciada línea recta que más tarde se vería extendiéndose desde los zapatos hasta el escotado chaleco. Esto es lo único que se nos confiará acerca de la toilette de nuestro héroe. Lo demás lo podrán adivinar aquellos a quienes una digna pobreza los lleva a procedimientos que ya no son tan dignos. La próxima vez que lo veamos será cuando descienda la escalera de su casa de pensión, inmaculadamente vestido; calmo, seguro, buenmozo. En apariencia el típico clubman neoyorquino, levemente aburrido, dispuesto a inaugurar los placeres de la tarde (y de la noche).

El sueldo de Chandler consistía en 18 dólares semanales. Estaba empleado en la oficina de un arquitecto. Tenía veintidós años de edad y consideraba a la arquitectura un arte verdadero. Creía honestamente, aunque nunca se hubiera atrevido a admitirlo en New York, que el Flatiron Building era inferior en diseño a la gran Catedral de Milán. Cada semana Chandler apartaba un dolar de lo que ganaba. Al final de cada diez semanas, con el capital extra así acumulado, compraba una noche aristocrática en el negocio del tacaño y viejo Padre Tiempo. Esa noche se codeaba con millonarios y presidentes; se dirigía a los lugares en los que la vida es más brillante y más fastuosa y allí cenaba con gusto y con lujo. Cada diez dólares, un hombre puede, por [illegible] ción. La suma es suficiente para una no despreciable comida, una botella con una respetable etiqueta, buenas propinas, un no menos bueno cigarro y hasta un taxi.

Cada noche de éstas, después de diez semanas de aburrido y continuo trabajo, producía en Chandler una emoción y una alegría cada vez más crecientes. Sentarse entre "bon-vivents", disfrutando de buena música, cruzar miradas con los elegantes "habitués"... ¿Qué es el primer baile de una jovencita, comparado con esto? Chandler caminaba a lo largo de Broadway, luciendo su traje. En cierta esquina había un vistoso y moderno restaurant, en el que acostumbraba a cenar en sus noches de especial lujo. En ese momento, una muchacha que caminaba apresuradamente, resbaló sobre un poco de nieve helada y cayó en la vereda. Chandler, solícito, cortés, la ayudó a levantarse. Ella se recostó en la pared y le dió las gracias, vacilante.

—Creo que me he recalcado el tobillo — dijo — Se torció cuando caí.

—¿Le duele mucho? — preguntó Chandler.

—Solamente cuando descanso el peso del cuerpo sobre él. Creo que estaré en condiciones de caminar dentro de unos minutos.

—Si puedo serle de alguna utilidad — sugirió el hombre — Llamaría un taxi o...

—¡Gracias! — dijo ella —. Estoy segura de que no tendré que causarle más molestia. Ha sido un descuido mío. ¡Mis tacos son tan [illegible] blemente [illegible] que no puedo culpar[illegible]

Chandler la [illegible] conoció que [illegible] a sentirse atraído por ella. Era bonita y fina. Su [illegible] alegre y amable. Estaba [illegible] sencillamente, pobremente, con un vestido negro y cubría sus [illegible] con un sombrero barato, negro también. Podía haber pasado como el tipo puro de la [illegible]

Una súbita idea despertó en el cerebro del joven arquitecto. Le pediría a la muchacha que cenara con él. Sería algo nuevo en su breve "season". Siempre había cenado solo en sus noches extraordinarias. [illegible] ñorita, estaba [illegible] Sus maneras y su conversación lo demostraban. Sabía que a pesar del vestido y del sombrero tan ordinario, ella le daría una alegría si aceptaba la invitación. Todos estos pensamientos pasaron con rapidez por su mente y decidió [illegible] su pedido. Iba a romper las reglas de la etiqueta, naturalmente, pero las vendedoras, generalmente, no son tan puntillosas en esa materia. Sus diez dolares gastados en [illegible] para proporcionar a los [illegible] por cierto, y sería [illegible] maravillosa para la muchacha, [illegible] como estaría, a la cura [illegible] de su trabajo.

—Creo — le dijo [illegible] — que su tobillo necesita un reposo algo más largo que lo que usted imagina. Se me ocurre un modo de proporcionárselo y al mismo tiempo constituiría un placer para mí. Estaba buscando un lugar para cenar, cuando usted apareció en la esquina. Venga. Cenaremos y charlaremos y para esa hora, ya estará en condiciones de llevarla bonitamente a su casa.

La muchacha miró rápidamente a Chandler. La mirada de éste era franca, clara, leal. Sonrió ingenuamente.

—Pero no nos conocemos — dijo —. Yo creo que no sería correcto, ¿No?

—No hay nada de malo en eso — contestó él —. Permítame que me presente yo mismo: Mr. Towers Chandler. Después de nuestra cena, la que trataré que sea lo más agradable posible, le daré las buenas noches o la acompañaré hasta su casa, como usted prefiera.

—¡Oh! ¡Pero con este vestido! — exclamó ella, convencida.

—No importa — la animó Chandler —. Queda así más encantadora que cualquiera de esas damas que veremos, a pesar de sus primorosos vestidos de noche.

—Todavía me duele el tobillo — admitió la muchacha, intentando dar algunos pasos. Creo que aceptaré su invitación, Mr. Chandler. Puede llamarme... Miss Marian.

—Vamos, entonces, Miss Marian — dijo el arquitecto, con perfecta cortesía —. No tendrá que caminar mucho. Allí, en la otra cuadra, hay un oportuno restaurant. Apoyóse en mi brazo, así y camine despacio. ¡Es tan triste cenar solo! Casi me alegro de que usted haya resbalado en el hielo.

Una vez que estuvieron instalados delante de una bien puesta mesa, con un solícito camarero esperando órdenes, Chandler comenzó a experimentar la felicidad que siempre le proporcionaban sus regulares salidas. El restaurant no era tan fastuoso como aquel de Broadway, que siempre prefirió, pero se le parecía bastante. Las mesas estaban rodeadas por comensales de próspero aspecto, había una orquesta muy buena, que tocaba lo suficientemente suave como para permitir una conversación y la cocina estaba fuera de toda crítica. Su acompañante, hasta en su atavío barato, tenía un aire que agregaba distinción a su natural belleza. Y cuando contemplaba los azules ojos de Chandler, lo hacía con algo de admiración.

Toda la debilidad de Chandler por la figuración, comenzó a marearlo. Estaba en Broadway rodeado de lujo y de pompa y había ojos que lo miraban. En su comedia de una noche, había asumido el rol del perfecto vividor, del elegante ocioso y todos sus ángeles guardianes no hubieran podido disuadirlo de desempeñar ese papel. De modo que comenzó a hablar a Miss Marian de clubs, de tes, de golf, de equitación y de cotillones, de viaje y hasta dijo algo acerca de un yate propio. Notó que la había impresionado con su vana charla, de modo que siguió cada vez más entusiasmado. Dejó, entonces, entrever gran riqueza y mencionó familiarmente varios nombres que el proletariado reverenciaba.

—Esta manera de vivir que usted me cuenta — dijo ella — suena tan fútil y tan inútil. ¿No tiene usted algún trabajo que pueda interesarle más que todo eso?

—¡Querida Miss Marian! — exclamó —. ¡Trabajo! Piense en lo que significa vestirse todos los días para la cena, hacer media docena de visitas todas las tardes, con un policía listo a saltar al auto para conducirlo a uno a la estación de policía, por exceso de velocidad. ¿Cree usted que esto no es trabajo?

La comida concluyó, el camarero fué gratificado espléndidamente y ellos caminaron hasta la esquina, en donde se habían encontrado. Miss Marian caminaba muy bien ahora; su renguera se notaba muy poco.

—Le agradezco mucho el rato agradable que he pasado. Tengo que correr a casa, ahora. La cena estuvo muy bien, Mr. Chandler.

El le dió la mano, cordialmente y dijo algo sobre una partida de bridge en el club. La observó, mientras se alejaba, y luego tomó un taxi que lo llevó lentamente a su casa. Ya en su frío cuartito, guardó su traje de etiqueta, listo para un descanso de sesenta y nueve días. Doblaba las prendas pensativamente.

—¡Qué chica encantadora! — dijo para sí — si le hubiera dicho la verdad, en lugar de todas esas tonterías... pero ¡bah! Tenía que actuar de acuerdo a mi apariencia.

La muchacha, después de dejar a su acompañante, se dirigió, apresurada, hacia el Este y penetró en una regia e imponente mansión. Llegó a una habitación en donde una hermosa joven, vestida elegantemente, miraba ansiosa por la ventana.

—¡Oh, muchacha! — exclamó, cuando la otra entró —. ¿Cuándo terminarás de asustarnos en esta forma? Hace dos horas que saliste con ese mamarracho de vestido viejo y con el sombrero de Marie. Mamá ha estado tan alarmada. Mandó a Louis en el auto para que te buscara. Eres una criatura sin cabeza —. Apretó un botón y apareció una doncella.

—Marie, dígale a mamá que Miss Marian ha vuelto.

—No te enojes, hermanita. Solamente fuí a lo de Mme. Theo a decirle que ponga adornos malva en lugar de rosa. Mi vestido viejo y el sombrero de Marie era todo lo que necesitaba. Todos me habrán tomado por una vendedora, estoy segura.

—Ya hemos cenado, querida. ¡Has tardado tanto!

—Ya lo sé. Resbalé en la vereda y me torcí un tobillo. No podía caminar, de modo que entré a un restaurant y permanecí allí hasta que estuve mejor.

Las dos muchachas se sentaron al lado de la ventana, contemplando las luces y las filas de coches que transitaban por la avenida. La más joven apoyó la cabeza en la falda de su hermana.

—Algún día tendremos que casarnos — dijo — las dos. Tenemos demasiado dinero y no podemos decepcionar a la gente. ¿Quieres que te diga a qué clase de hombre podría amar yo, hermanita?

—Sigue, cabeza loca — sonrió la otra.

—Yo amaría a un hombre con profundos ojos azules, que respetara a las chicas pobres, que fuera buenmozo y bueno y no tratara de flirtear. Pero solamente podría quererlo si él tuviera alguna ambición, algún objeto, algún trabajo que hacer, en el mundo. No me importaría todo lo pobre que fuera. Yo podría ayudarlo a labrarse una posición. Pero, hermana, la clase de hombre que siempre encontramos; el hombre que vive una vida ociosa entre la sociedad y los clubs, no podría inspirarme ningún amor, aunque tuviera ojos azules y fuera amable con las chicas pobres que encontrara en la calle.

POR

Ilustración de

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim































